
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
DEL SUELO BROTABA LA MUERTE
ADA CORETTI

«El pequeño dormía plácidamente, no había ningún mal en dejarle solo durante unos minutos. En seguida regresaría con su padre.

No lo pensó más. Abrió la puerta de la casa y echó a correr por el camino, al encuentro de él.

Él la recibió con los brazos abiertos, y luego la levantó en vilo dándole un par de vueltas en el aire.

Mientras tanto, una rata entraba por la entreabierta puerta de la casa de piedra, y tras ésta, otra, y otra, y otra más.

Cientos de ratas entraran en el breve espacio de unos segundos. ¿Cientos? No, no, miles».



Ada Coretti

Del suelo brotaba la Muerte

Bolsilibros: Selección Terror - 138

ePub r1.0
xico_weno 01.09.16

Título original: *Del suelo brotaba la Muerte*
Ada Coretti, 1975
Ilustraciones: Jorge Sampere

Editor digital: xico_weno
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

PRÓLOGO

Finales de Agosto de 1899.

La niebla, cargada de humedad, hacía triste, turbia y desacogedora a la pequeña localidad de Maggawin. En cuyos alrededores, las aguas sucias y oscuras de sus incontables charcas contribuían a que todo resultara allí digno de un auténtico cuento de brujas.

Las cloacas de la localidad pasaban muy cerca de la aislada casa de piedra, situada no excesivamente lejos de la carretera.

La casa de piedra acababa de ser alquilada por un joven matrimonio. Veinticuatro años él. Veinte ella. Apenas quince días de existencia la preciosa criatura que el cielo les había enviado.

No pensaban vivir mucho allí. Sólo el tiempo preciso para ahorrar unos cuantos dólares y poder irse a otro lugar más alegre.

Alegre como ellos, que lo veían todo de color de rosa. ¿De qué otro color iban a vedo, si eran jóvenes, tenían buena salud, se amaban, y acababan de tener un hijo que era una preciosidad?

Aquel atardecer, finales de agosto, la joven esposa se acercó a la ventana para ver si llegaba él. Solía regresar a aquella hora.

No le vio aparecer por el sendero de abetos y volvió a dirigir una amorosa mirada hacia su pequeño retoño, que dormía plácidamente en su blanca cunita.

De nuevo miró hacia el sendero, hacia la carretera. ¡Sí, ya regresaba! Brillaron los ojos de la enamorada esposa. ¿Y si salía a recibirle…? Ya se encontraba completamente repuesta. Seguro que le daría una agradable sorpresa.

El pequeño dormía plácidamente, no había ningún mal en dejarle solo durante unos minutos. En seguida regresaría con su padre.

No lo pensó más. Abrió la puerta de la casa y echó a correr por

el camino, al encuentro de él.

Él la recibió con los brazos abiertos, y luego la levantó en vilo dándole un par de vueltas en el aire.

Mientras tanto, una rata entraba por la entreabierta puerta de la casa de piedra, y tras ésta, otra, y otra, y otra más…

Cientos de ratas entraran en el breve espacio de unos segundos. ¿Cientos? No, no, miles…

Miles de ratas, malolientes, asquerosamente sucias, que por unas grietas se habían escapado de las cloacas de Maggawin. Iban hambrientas, famélicas.

Con los ojillos diabólicamente vivos, habían mirado hacia la cuna, como si supieran que allí dentro había algo. No, no podían saberlo. Pero tenían instinto y se habían acercado a las patas de la cuna, subiendo ágilmente, deslizándose sobre las sábanas primorosamente bordadas.

Tras estas ratas, habían subido otras, y otras. El pequeño se había despertado, empezó a llorar.

—Parece que oigo a nuestro hijo —dijo la madre sobresaltada, en medio del camino de abetos.

—Sí, es cierto —corroboró el joven padre, no menos sobresaltado por su parte.

Echaron a correr hacia la casa.

Pero cuando llegaron a la cuna del niño…

Cientos y cientos de ratas la habían invadido, y se habían lanzado, voraces y roedoras, sobre la indefensa criatura. Una criatura que ya no lloraba. Una criatura de piel fina, blanda, que olía a leche de la madre, y que estaba resultando un festín de excepción.

Cuando el padre cogió la escoba y a bandadas consiguió sacar a las ratas de allí, a lo que monstruosamente se resistían, el cuerpo del niño ya no se movía.

En realidad, casi ni cuerpo existía ya. ¡Había sido roído de un modo tan horroroso, tan infernal, por tantos y tantos lugares a la vez!

¡Era sólo un trozo de carne ensangrentada, que ni párpados, ni ojos, ni naricilla tenía ya!

La madre lanzó un grito de horror, un alarido de espanto, que se oyó en más de un kilómetro a la redonda.

Desde aquel atardecer, la casa de piedra fue un lugar MALDITO para los habitantes de Maggawin.

CAPÍTULO PRIMERO

Aquéllas eran las primeras vacaciones de Frank Milde, que tres años atrás, a sus veintitrés recién cumplidos, a primeros de 1971, consiguió acabar la carrera de ingeniero.

Había trabajado mucho, consiguiendo buenos clientes. Actualmente disfrutaba de unas ganancias nada despreciables. Podía estar satisfecho de sí mismo.

Por todo lo cual, aquellas vacaciones las tenía muy merecidas. Merecidísimas.

Pero para pasarlo bien, pensó que debía huir de los semáforos, de los ruidos y de la contaminación de la ciudad, y de las chicas rubias que solían ir con frecuencia por su apartamento. Una delicia de muchachas, pero que habían empezado a cansarle. No sabía por qué, tal vez porque todas ellas se parecían demasiado entre sí.

Por eso, decidió coger el coche recién adquirido, y sin más dirigirse a…

¿Adónde? Ni él mismo lo sabía. Al azar. Según le fuera dando. Sería un modo original de viajar.

Así fue a parar, cierto día de sol, de calor, a las orillas de un hermoso lago que parecía perdido entre montañas.

Dejó el coche bajo la sombra de unos árboles, junto a la cuneta de la carretera y se apeó.

Encendió un cigarrillo, despidiendo con lentitud y fruición la primera bocanada de humo. Después se sentó junto a la orilla del lago, sobre la verde hierba, y se quedó allí saboreando aquella tranquilidad.

Que sinceramente había de durarle muy poco.

Pero él no lo sabía.

Haría apenas un minuto que estaba en aquel lugar, cuando se dio cuenta de que no se hallaba solo. A menos de cuatro pasos, tras

unos matorrales, se hallaban dos personas.

Ahora estaban hablando.

—No, tío Cecil —era una voz de mujer, muy dulce y armoniosa —. No puedo consentir que las cosas continúen como hasta ahora. Tío Michael, tío Paul e incluso mi padre, se portaron muy mal contigo.

—Ya no tiene importancia —respondió una voz de hombre, algo cascada—. Desde entonces han pasado tantos años…

—Pero no es tarde, tío Cecil —volvió a oír la voz de la muchacha— para que todo se arregle entre vosotros. A mí me haría feliz veros reunidos y…

—Eres muy buena —de nuevo la voz del hombre, algo cascada —, pero te lo ruego, déjalo todo como está. Mis hermanos nunca me han querido. Eso ya no tiene arreglo —y sin más transición—: ¿Sabes lo que vas a hacer ahora? Vas a darte un buen baño. Lo estás deseando, ¿verdad? Mira, yo debo ir a hacer una visita. Tardaré más o menos una hora y pico. Dispones de este tiempo para refrescarte.

—¡Estupendo, tío!

Cuando el hombre salió de entre los matorrales, Frank Milde pudo ver que se trataba de un sujeto de mediana estatura, jorobado, de unos cincuenta años, con el cabello ya blanco.

Le vio dirigirse hacia su coche, que había dejado algo lejos. Frank reparó en el vehículo, negro, de marca bastante antigua.

Pero en seguida dejó de prestar atención al sujeto en cuestión, al ver que volaban por lo alto unas prendas de mujer. Una blusa, una falda… Por lo visto la propietaria estaba ansiosa por echarse al agua.

—Oye, preciosa —dijo Frank con tono alegre—, por mí puedes quitarte todas las prendas que quieras… Cuantas más, mejor… Pero para que lo sepas, no estás sola…

No volvió a volar ninguna otra prenda, y al poco, por entre los matorrales asomó una cara ingenua, bonita, con los ojos muy asustados.

—Gracias por avisarme… No sabía que estuviera usted…

La muchacha alargó un brazo desnudo y recuperó las prendas, de las que poco antes se desprendiera con tanto desenfado. Al poco aparecía vestida.

Frank Milde parpadeó. ¿Esperaba una chica como las que él conocía, como las que solían ir a visitarle a su apartamento? Ésta era totalmente distinta.

Era morena, no muy alta, apenas contaría diecisiete años. No iba maquillada.

Era sólo una chiquilla, pero preciosa, con unas formas sumamente prometedoras.

—Como por aquí no suele haber nadie… —dijo ella, como excusándose. Y medio ruborizada—. Pero no iba a quitármelo todo, no vaya usted a creer…

—Me llamo Frank. Frank Milde —se presentó él, sonriendo—. ¿Cómo te llamas tú…? Supongo que no te importa decírmelo.

—No, claro que no. Mi nombre es Carol. Carol Powers… —Y añadió—: Ese señor que se ha ido es mi tío… Es hermano de mi padre… Es bueno, muy cariñoso, pero nadie le ha querido nunca Debe ser por lo de su joroba… A mí no me importa… Yo le quiero lo mismo que si no la tuviera…

De buenas a primeras había hablado sin reparo, impresionada favorablemente ante la presencia de su interlocutor. Sí, muy favorablemente impresionada, porque Frank Milde no sólo tenía un rostro muy varonil, de atractivas facciones, sino que además contaba con una estatura de excepción. Un metro ochenta, llenos de músculos y fuerza. Tenía, qué duda cabe, planta de héroe.

La chiquilla se esforzó por disimular la admiración que le inspiraba el desconocido. Pero luego, instintivamente, se vio hablando y sincerándose con él coro si se conocieran de toda la vida.

—Mi pobre tío Cecil vive solo desde hace muchos años. Yo quisiera ir a pasar una temporada a su casa, para alegrarle un poco la existencia, pero él no quiere… Dice que donde él vive es un lugar maldito, que allí no se atrevería a vivir nadie… La verdad es que cuando me habla en estos términos, termina asustándome un poco…

—No muy tranquilizantes resultan sus palabras, en efecto —convino Frank Milde.

—Vive en Maggawin. ¿Ha oído hablar usted de esa pequeña localidad?

—Sí, si… —dijo Frank, pero en ese momento no recordaba el

hecho que había motivado que le mencionasen el tal lugar—. Pero ahora no tengo presente…

—Sucedió algo horrible, de eso hace ya muchos años. Pero tío Cecil no quiere explicármelo… Se limita a decirme que él vive en una casa de piedra, donde yo no debo ir nunca. Pero a mí me da pena dejarle tan solo. Me da mucha pena, no puedo evitarlo.

—Si tu tío no quiere que vayas, posiblemente tendrá sus razones. Debes hacerle caso.

—Supongo que sí. Además, mi padre se enfadaría mucho si le desobedeciera. Mi padre me tiene terminantemente prohibido ir a Maggawin.

—Pues no pienses más en eso.

—Es lo que voy a hacer.

—¿No tienes madre? —preguntó Frank, tras arrojar el resto del cigarrillo sobre las aguas del plácido lago.

—No —contestó Carol, poniéndose triste—. Murió cuando yo apenas contaba siete años. Era guapísima.

—Como la hija… —sonrió Frank.

—¡Oh, no, muchísimo más! —exclamó—. Enamoraba a todos los hombres. Le bastaba proponérselo. A veces, incluso, sin proponérselo. Tío Cecil —agregó— estuvo loco por ella.

—¿De veras?

—Sí, sí… —Y le explicó—. En realidad, el caso de mamá resulta curioso. Primero conoció a tío Cecil, que como le he dicho se enamoró perdidamente de ella… Pero conoció después al hermano mayor de tío Cecil, se llama Michael, y se casó con éste… Pero no se llevaron bien y un año después se divorciaron. Entonces mi madre se casó con tío Paul, el hermano menor de tío Cecil y de tío Michael… Pero tampoco se unieron bien y llegó el divorcio. Finalmente mi madre se casó con el cuarto hermano, que se llamaba James… Éste es mi padre.

—Curioso, desde luego —dijo Frank. Y por simple curiosidad—: ¿De qué murió tu madre?

—Cayó sobre la vía del tren, poco antes de que pasara el expreso. Debió darle un desvanecimiento… Sólo habiendo perdido el conocimiento, se puede comprender que le sucediera una cosa así.

—Sí, claro.

—Pero todo esto es el pasado.

—¿Cuál es el presente?

—Que vivo con mi padre, y que veo a menudo a tío Paul y a tío Michael… Pero no termino de ser feliz porque me da pena el tío Cecil.

—Pero hoy estás con él, y esto debe causarte satisfacción, puesto que le quieres bien.

—Cada vez que me entero de que va a venir por aquí, corro a buscarle. Sé el hotel en que se hospeda, así que lo tengo sencillo.

—¿Y qué dicen a esto tu padre y tus otros dos tíos? Supongo que tampoco les gusta.

—Arrugan el entrecejo, pero no me dicen nada. Se conforman con lo que sea, con tal que no vaya a Maggawin.

* * *

Vieron aparecer el coche negro, de marca bastante antigua.

Pero cuando ya daban por descontado que a los pocos minutos lo tendrían allí mismo, cerca del lago, junto a ellos, el coche se despistó de la carretera y fue a chocar violentamente contra un árbol. Quedó aplastado el parachoques y completamente doblada la capota.

Frank y Carol corrieron hasta el lugar del accidente.

Tío Cecil tenía la cabeza doblada sobre el pecho y se quejaba.

Frank le levantó la cabeza. Aunque tenía los ojos abiertos, los globos oculares aparecían vueltos hacia atrás.

Frank, con su experiencia, comprendió que era inútil hablarle.

Acto seguido, se apresuró a coger su coche y a ir a buscar ayuda. Consiguió que poco después fuera enviada una ambulancia.

Una ambulancia que trasladó a Cecil Powers al hospital más cercano. Allí, los médicos, lo intentaron todo. Estimulación eléctrica, inyecciones de adrenalina, masaje cardíaco.

Finalmente volvieron a la vida a aquel ser que había estado a un milímetro de la misma muerte.

—Cálmate, Carol, el peligro ya ha pasado —y Frank Milde quiso dar ánimos a la chiquilla, que no cesaba de llorar.

Mientras los doctores luchaban por aquella vida, fueron apareciendo por el hospital los hermanos del accidentado. A quienes Carol había telefoneado, haciéndoles saber lo sucedido.

Tres personajes completamente distintos entre sí, tanto que nadie hubiera dicho que fueran hermanos. No existía entre ellos el menor parecido, por mucho que se buscara.

El padre de Carol, James Powers, era alto como una caña y delgado, de rostro muy pálido. El tío Paul era bajo y muy grueso, de rostro rubicundo. El tío Michael era de mediana estatura, de anchas espaldas, de mandíbula cuadrada.

Sólo había entre ellos una particularidad en común, nada agradable por cierto, que al hablar nunca miraban a la cara, escurrían la mirada a derecha e izquierda. Todo menos observar rectamente al que pudiera encontrarse frente a ellos.

Con Michael Powers llegó una mujer joven, tendría unos treinta años como máximo. Era muy atractiva, rubia, alta, con unos ojos verdes que parecían los de una gata desdeñosa. El jersey que llevaba le iba tan ceñido, tan estrecho, que daba la impresión de que sus formas opulentas no cupiesen dentro. La falda era exageradamente corta, pero ¡diablos!, pensó Frank Milde, valía la pena que lo fuera.

Aquellas piernas eran de auténtico campeonato.

—¿Quién es? —preguntó Frank a la chiquilla que ya se había tranquilizado un poco.

—Stephanie —le respondió—. Ha sido modelo publicitaria hasta no hace mucho.

Tío Michael dice que va a casarse con ella…

—¿Tú no lo crees, Carol? —preguntó Frank.

—El que no lo cree es mi padre —dijo, bajando la voz para que los demás no la oyeran—. Dice que esa mujer sólo pretende sacarle el dinero.

—¿Es muy rico tu tío Michael?

—No mucho, más o menos como tío Paul, aproximadamente como mi padre. Pero mucho, mucho más rico que tío Cecil… Tío Cecil es el pobre de la familia…

Poco más hablaron. No era el lugar idóneo para hacerlo. Además, Frank Milde ya había hecho cuanto podía por el accidentado, e incluso por Carol, así que no había de tardar en considerar que estaba en su perfecto derecho de irse de allí.

Sus vacaciones se habían visto interrumpidas, pero nada le impedía proseguirlas.

—Adiós, Carol —le sonrió—. Ha sido un placer conocerte.

—Adiós… —dijo ella, sin sonreír—. Yo también me alegro de haberle conocido a usted.

CAPÍTULO II

Pero olvidarse de aquella chiquilla de apenas diecisiete años no resultó sencillo para Frank Milde, un hombre que estaba de vuelta de muchas cosas, sobre todo de conocer y tratar a rubias despampanantes. Las rubias habían sido hasta entonces su debilidad.

La verdad es que, durante sus vacaciones, pensó en Carol un centenar de veces, mientras a sí mismo se decía que era un estúpido.

Terminó anticipando su regreso. Con la idea de llegar al hospital antes de que dieran el alta al señor Powers. Así podría ver de nuevo a la muchacha.

Pero cuando él llegó, la habitación del señor Powers se hallaba vacía. Por un momento se sobresaltó. Temió lo peor. Una inesperada y trágica complicación.

Sin embargo, no se trataba de eso.

—Se marchó hace ya varios días —le hizo saber una enfermera. Y sin necesidad de más explicaciones le preguntó—: ¿Es usted, acaso, el señor Frank Milde?

—Sí… —asintió el joven.

—Tengo una carta para usted.

—¿Para mí? —se extrañó.

—Me la entregó la señorita Carol, la sobrina del señor Powers… Me rogó que se la diera a usted si es que volvía por aquí…

—¿Una carta para mí de la señorita Carol? —Y con énfasis—: ¡Démela, por favor!

—Voy a buscarla. Es cuestión de un par de minutos. Espéreme, por favor.

En cuanto tuvo el sobre entre sus manos, lo rasgó. No tardó ni un segundo en hacerlo. Adivinaba que algo malo le había sucedido

a la muchacha.

Frank Milde no se equivocó. Sus temores se confirmaron. Aquellas líneas equivalían a un apremiante
S. O. S.

> «Estoy muy asustada. Me llevan a vivir a la casa de piedra, a Maggawin. No sé exactamente por qué, pero tengo el presentimiento de que no saldré de allí con vida… a menos que venga usted a ayudarme. Créame, no tengo a nadie más a quien recurrir. Acabo de darme cuenta de que estoy sola en este mundo.

»Carol Powers».

Durante unos segundos quedó verdaderamente desconcertado. No parecían tener sentido las palabras que acababa de leer. ¿No era la ilusión de Carol ir a pasar unos días con su tío Cecil? ¿Por qué ahora, que su deseo iba a cumplirse, se veía acometida por esos inexplicables temores? ¿Y por qué decía que estaba sola en este mundo? ¿Acaso no existía su padre?

Frank se dijo que sus vacaciones habían concluido y que debía reintegrarse a su trabajo. Se lo dijo más de una vez.

Pero terminó poniéndose al volante de su coche, tras consultar el mapa de carreteras. Doscientos kilómetros más al sur estaba Maggawin. Lo cierto es que por nada del mundo hubiera podido desoír la súplica que, a través de aquellas líneas, acababa de hacerle la muchacha.

Cuando llegó a la pequeña localidad, unas dos horas y pico más tarde, no pudo menos de fruncir el entrecejo. Nunca había visto un lugar más triste, turbio y desacogedor.

Detuvo el coche frente a una posada, cuyo rótulo apenas se vislumbraba debido a la niebla. Una niebla, cargada de humedad, que se calaba hasta los mismísimos huesos.

Penetró en la posada. En el mostrador pidió una cerveza. Encendió un cigarrillo.

Luego miró a su alrededor.

El local era tosco. Apenas había mesas. Al piso se subía por una estrecha escalera. La posadera era una mujer delgada, de mediana

edad, con cara de pocos amigos, que llevaba un delantal a rayas, con dos grandes bolsillos, donde se metía el dinero que cobraba.

Había unos cuantos clientes. Pero éstos se fueron yendo poco a poco. Frank estaba dispuesto a esperar que se fueran todos.

Cuando esto sucedió, se dirigió a la posadera.

—Vengo a escribir sobre Maggawin. Soy novelista, ¿sabe usted? ¿Qué que puede usted decir de este lugar…? —Y para dar ligereza a la lengua de aquella mujer, puso diez dólares sobre el mostrador.

—No es un lugar agradable —respondió la aludida. Se había dado buena maña en hacer desaparecer el billete en el fondo de uno de sus bolsillos—. Aquí nadie vive a gusto.

—¿Qué tiene de malo este lugar? —quiso saber.

—Todo —afirmó—. Desde esta niebla que nos agarrota como un dogal, hasta la silueta tétrica del manicomio… Desde las cloacas malolientes y asquerosas que rodean la localidad, hasta la maldita casa de piedra… —Y la mujer se santiguó, sin duda para ahuyentar al demonio.

—Se ha referido usted —Frank quería detallar, ir por partes— al manicomio… ¿Acaso hay un manicomio por aquí cerca? No me he dado cuenta…

—Está a menos de una milla de aquí —le hizo saber—. A mí me estremece llegar hasta allí. Cuando se está junto al muro, siempre se oyen gritos… Gritos y risas, de todo… Pero a veces esos focos se curan —agregó— y salen libres… Sé de varios casos. Uno de ellos vino hará unos tres meses a pedirme trabajo.

—¿Se lo dio usted? —preguntó Frank.

—¡Oh, no! No me hubiera atrevido. Quien ha estado loco, siempre es fácil que vuelva a las andadas, ¿no cree usted? —Y sin esperar su opinión—: Pero, bueno, el señor Powers estaba aquí tomando un refresco y le oyó. Sin duda por eso, finalmente, le cogió a su servicio…

—¿El señor Powers? —inquirió, con la única finalidad de que siguiera hablando.

—Sí, el propietario de la casa de piedra, la casa maldita. La de las ratas.

—¿Qué ratas? —volvió a preguntar.

—Por lo que veo, no sabe usted nada de Maggawin. De saber algo, sería eso lo primero que le habrían contado. Pues verá usted…

Y repitió una vez más aquella historia. Aquel hecho ocurrido un atardecer de finales de agosto de 1899.

—Pero nunca más ha ocurrido nada, ¿verdad? —Se interesó Frank—. Las ratas no han vuelto a aparecer…

—Sí, sí —afirmó—, a menudo se ven por las charcas. Hay muchas charcas rodeando la localidad. Pues por allí se las puede encontrar a docenas… No sé por dónde demonios conseguirán salir de las cloacas… No hay modo de averiguarlo… Parece cosa del diablo…

—Pero en aquella ocasión que usted me ha referido, no eran docenas, ni cientos, sino miles…

—Lo de ahora no es lo mismo, claro que no. ¡Dios nos libre de un espanto como aquél! Pero qué quiere, a pesar de los años transcurridos, los de por aquí siempre tenemos un poco de recelo metido en el cuerpo…

—¿Y al señor Powers no le importa habitar esa casa? —lo preguntó, como por mera curiosidad.

—Se la vendieron casi regalada. Eso debió tentarle. Además, no parece un hombre impresionable.

—¿Tiene familia el señor Powers?

—Hasta hace pocos días vivía solo. Pero ahora, a partir de un accidente que sufrió, vive con sus tres hermanos y con la hija de uno de ellos, una jovencita muy guapa, creo que se llama Carol. Y en fin, esto es todo lo que puedo contarle.

—Óigame, ¿no ha sucedido en Maggawin algo más…? —Insistió Frank—. Me refiero a algo importante… Recuerdo que en cierta ocasión me contaron no sé qué, pero por más que pienso no puedo recordar de qué se trataba…

—¡Ah, bueno! —exclamó—. Usted debe estar refiriéndose a aquel atraco a un banco de Miami. De eso hará un año, hablaron mucho los periódicos… Los atracadores se llevaron veinte millones de dólares…

¡Era eso! ¡Ahora le venían los hechos a la memoria!

La policía consiguió acorralar a los atracadores en Maggawin. Hubo un intenso tiroteo entre ellos. Todos los atracadores murieron. Pero al abrir el coche con el que éstos huían, ¡el botín no estaba! ¡Los veinte millones de dólares habían desaparecido!

* * *

—¿Le gusta la habitación, señor? —preguntó la posadera, tras haber abierto de par en par la ventana que se orientaba, precisamente, hacia el Norte.

Lo cual significaba que se orientaba hacia la casa de piedra, cuya silueta quedaba perfilada a lo lejos, entre la niebla que parecía ser la compañera inseparable de aquella poco grata localidad.

—No está mal —se conformó Frank, luego de haber echado una mirada a su alrededor—. Si no tiene nada mejor…

—La tengo —dijo la posadera—, pero me la acaba de ocupar una señora rubia. Ha llegado poco antes que usted.

—Bueno, me sirve —sacó un par de billetes y le pagó por adelantado para tenerla contenta.

—Quedo a sus órdenes, señor —se frotaba las manos de gusto. Clientes como aquél no abundaban—. Si en algo más puedo servirle, ya lo sabe. Le basta mandar.

—Gracias.

Poco después, Frank Milde salía de la posada y se dirigía, ya sin más dilaciones, hacia la casa de Cecil Powers.

Pero para llegar hasta allí, antes tuvo que pasar por entre una infinidad de charcas, algunas de las cuales tenían bastante extensión. Despedían un olor pestilente, nauseabundo.

Alrededor de aquellas aguas inmóviles, oscuras, sucias, normalmente de escasa profundidad, abundaban los cañaverales. Por allí correteaban con cierta profusión las ratas. Tal como le había indicado la posadera.

Al llegar frente a la casa de piedra, Frank Milde detuvo su atención en las particularidades de aquella vieja edificación. Sólo después de haberse percatado de cómo era exactamente el lugar en que iba a meterse, se acercó a la puerta e hizo sonar su ruidoso aldabón.

Frank no era propenso a dejarse impresionar, pero hay que reconocer que se quedó con los pulmones a medio llenar de aire cuando vio la persona que salía a abrirle.

Era un viejo de unos setenta y tantos años, de cabellos blancos, más bien amarillentos. Tenía el rostro surcado de incontables y profundas arrugas. En cuanto a su cuerpo, se hallaba tan encogido y a la vez tan retorcido, que una de sus manos casi le rozaba el suelo. Vestía uniforme de mayordomo, pero lo llevaba tan arrugado y

ancho, que costaba darse cuenta de cuál era su verdadera complexión.

—¿Qué quiere? —le preguntó agriamente.

—Deseo ver a la señorita Carol. —Frank expuso su deseo con absoluta naturalidad—. Supongo que está…

—Sí, sí —asintió, pero no pareció que estuviera muy seguro de que fuera eso lo que debía responder—. Pasé Pase usted…

Frank se adelantó en la primera pieza de la casa, un amplio vestíbulo, apenas con algún que otro mueble. Echó una mirada en tomo a sí. Había varias puertas a la derecha, sólo una a la izquierda. De la izquierda partía la escalera que conducía al piso.

—Sígame, por favor —le dijo poco después el sirviente con facha de orangután de parque, que ya estaba de regreso.

Le condujo hacia una de las habitaciones de la derecha, una biblioteca bastante bien surtida de ejemplares. Allí había varios sillones, de cómodo aspecto. De uno de éstos se levantó un hombre de mediana edad, de anchas espaldas, de mandíbula cuadrada. Era Michael Powers.

—Encantado de verle —tendió la mano al recién llegado, esforzándose, evidentemente, por parecer simpático—. Carol nos presentó en el hospital, supongo que me recuerda…

—Claro que sí, no faltaría más —dijo el joven—. ¿Cómo se encuentra su hermano? Pasaba casualmente por aquí… He pensado que no estaría de más venir a saludarles.

—Mi hermano está ya totalmente restablecido.

—Me alegro mucho. ¿Y su sobrina Carol…?

—He mandado llamarla. Dentro de unos instantes la tendrá aquí.

Efectivamente, en seguida llegó Carol a aquella estancia. La verdad es que llegó casi corriendo.

—¡Señor Milde!

—¿Qué tal, Carol? He sabido que estaban aquí, y he venido a preguntar por la salud de su tío.

—Se lo agradezco mucho.

La vio tan pálida y ojerosa, que no pudo menos de alegrarse de estar allí, dispuesto a tenderle una mano, a ayudarla, a hacer lo que fuera por ella.

—Se quedará a cenar con nosotros, ¿verdad? —ofreció Carol, aunque algo azorada.

—Se lo rogamos —intercaló tío Michael—. Estamos en deuda con usted. Después de lo que hizo por nuestro hermano.

—¡Por Dios! Cualquiera lo hubiera hecho, era un caso de conciencia.

—Contamos con usted… —dijo una voz distinta.

Frank se volvió hacia la puerta. El que acababa de entrar era bajo y muy grueso, de rostro rubicundo. Era el tío Paul.

—Si tanto insisten —sonrió Frank—. Si son ustedes tan amables… Será un placer para mí —y vendo directo a una pregunta cuya respuesta le interesaba sobremanera—: ¿Y tu padre. Carol? Supongo que tendré el gusto de saludarle.

Vio que se llenaban de lágrimas los ojos de la muchacha. De lágrimas incontenibles.

—Hace varios días —sollozó la muchacha— que no sabemos de él… Ha desaparecido.

CAPÍTULO III

Después de la cena, Carol, de forma puramente intencionada, expuso su deseo de dar un pequeño paseo por los alrededores. Frank se brindó a acompañarla.

Ni tío Cecil —en efecto, ya repuesto del todo—, ni tío Paul, ni tío Michael, objetaron nada. Dio la impresión de que a los tres les había caído muy bien el joven recién llegado.

Apenas dejaron atrás la casa de piedra. Carol, en un impulso espontáneo, tan ingenuo como irrefrenable, se echó en los brazos de él.

—¡Oh, gracias por haber venido! ¡Qué bueno es usted!

—Pero ¿qué te sucede, Carol? —Se sintió a gusta muy a gusto con la chiquilla entre los brazos.

—¡Tantas cosas! —se lamentó ella—. Pero antes de nada, dígame que me perdona por haberle escrito aquella carta. Compréndame, no sabía a quién recurrir… En eso pensé en usted… Entonces tuve la corazonada de que volvería por el hospital… Se me ocurrió escribirle…

—Ya lo ves, aquí me tienes. Pero, por favor, no me hables de usted. Me haces viejo.

—No lo es, ya lo sé —se ruborizó un poco. Entonces se separó de él, quizá pensando que había pecado de impulsiva.

—En este caso, tuteémonos como dos buenos camaradas, como dos excelentes amigos. ¿No lo somos?

—Sí.

Cuando la muchacha le explicó lo que sucedía, Frank Milde comprendió que todo aquello encerraba mucha más gravedad de la que él pudiera suponer al principio.

Se trataba de que tío Cecil, en su cama del hospital, había delirado. En presencia de sus tres hermanos, Paul, Michael y James.

Éste era el padre de Carol.

Los tres se quedaron lívidos al oír aquellas palabras.

Carol preguntó a su padre qué es lo que había dicho tío Cecil, pero su padre le aseguró que no había entendido bien sus balbuceantes palabras. Pero ella comprendió que sí las había oído perfectamente. Si no, ¿a qué se debía su terrible palidez…?

La misma palidez que había cubierto el rostro de sus otros dos hermanos.

Todos dijeron no haber entendido nada. No hubo manera, a este respecto, de aclarar cosa alguna.

Carol por su parte, que también estaba presente en la habitación, si bien más lejos del lecho, sólo oyó:

—Me creéis el más pobre de los cuatro… —Así empezaron los balbuceos de tío Cecil—. Siempre me habéis despreciado por eso… ¡Si supierais!… Sucedió cerca, muy cerca… Veinte millones de dólares…

En un principio, Carol dedujo que tío Cecil había delirado. Simplemente eso. Ni más ni menos.

Pero empezó a pensar de distinta manera al ver cómo reaccionaban sus tíos, incluso su padre.

De común acuerdo, más unidos que nunca, los tres decidieron ir a pasar unas cuantas semanas a Maggawin, a la casa de piedra. Así harían compañía al hermano convaleciente. Lo menos que podían hacer después de haber estado a dos pasos de perderle para siempre.

Pero algo más grave que todo eso había sucedido. Su padre se había desentendido de ella. Ni le hablaba, ni le dirigía la palabra. Obsesionado con las ideas que llevaba en la mente, la trataba casi como si no existiera. ¡Qué estremecedora sensación para la muchacha!

—Desde ese momento —Carol temblaba de pies a cabeza— tengo el miedo metido en el cuerpo. Puede que todo sea una tontería, pero, no sé… Sí, posiblemente exageré al escribirle que temía no salir con vida de aquí… Pero ese empeño de los tres en venir a la casa de piedra… Eso que oyeron que tío Cecil decía, que no sé exactamente lo que fue… Además, ahora mi padre ha desaparecido. Hace ya días que no le vemos… Pensaba ir a Miami para no sé qué encargos, pero me extraña que sin despedirse…

—De momento, Carol, debes tranquilizarte —dijo Frank, y le pasó el brazo por los hombros para tranquilizaría—. Esto lo primero. Anda, sonríe un poco.

—¡Cómo voy a sonreír —hizo un mohín lloroso—, si todo a mi alrededor contribuye a que este asustada! ¿No te has fijado en el mayordomo…? Es un loco… Bueno, ha estado loco durante más de treinta años… Ahora ha salido curado… Eso dicen… Yo no termino de creérmelo… A menudo me mira de una manera, que me deja helada.

—Ahora me tienes a mí, no te preocupes. Yo te vigilaré. No ha de pasarte nada.

—Gracias, Frank —y en estos momentos, esforzándose por sonreír un poco—. No puedes imaginarte lo agradecida que te quedo.

La noche era bastante oscura y la niebla no cedía. Pero la muchacha, yendo con Frank Milde a su lado, no albergaba temores de ninguna índole. Se sentía tan segura como si la estuviera protegiendo un ejército entero.

De ello que no le importara separarse bastante de la casa de piedra, llegando hasta una de las mayores charcas de aquellos alrededores. Cuyo olor resultaba tan pestilente como el de las otras. Pero ahora el aire iba en distinta dirección, así que llegaron hasta allí mismo sin que sus respiraciones se vieran ofendidas por el mal olor.

De pronto, un grito salió de la garganta de la muchacha.

Junto a una de las orillas de la mencionada charca, dos manos de hombre emergían de la superficie, extendiéndose hacia los cañaverales. Como si allí hubieran querido cogerse, asirse. Pero las manos no se movían y el cuerpo se hallaba inmóvil bajo el agua, tocando fondo en la charca. No hacía falta pensar mucho. Aquel hombre estaba muerto.

—Esas manos… —Tembló Carol—. Ese anillo… ¡Es mi padre! ¡Dios mío!

Frank se acercó a la charca y sujetó por las muñecas aquellas dos manos tenebrosamente frías, heladas, y luego estiró con fuerza hacia arriba.

Consiguió que surgiera del agua, a continuación de los brazos, la cabeza de la víctima, y después el cuello, y los hombros, y la

cintura, y por último las piernas.

El cuerpo quedó, entonces, inmóvil junto a los cañaverales.

Carol había dejado escapar un grito ahogado. Tanto horror hubo en ella, que ni siquiera acertó a gritar fuerte.

Aquel hombre era su padre, sí, ¡pero qué terriblemente desfigurado estaba! Sus carnes, que se hallaban en franca descomposición, habían sido roídas por mil lugares distintos. Incluso sus ropas habían desaparecido casi por completo.

—Han sido las ratas —dijo Carol.

Ahora ya no desconocía aquella siniestra historia acaecida en Maggawin muchos años atrás. Finalmente tío Cecil se la había contado.

—Por aquí apenas hay unas cuantas —repuso Frank—. Eso no es posible. No lo es…

—Se habrán ido —sollozó ella—. Habrán estado a miles… ¡Cómo le han dejado, qué espanto!

Tras aquellos sollozos iniciales, la muchacha se había echado a llorar desgarradoramente.

* * *

—Por muchas ratas que inundaran los alrededores de la charca, James Powers no pudo, en modo alguno, caer vencido por ellas —opinó en voz alta Frank Milde—. Debemos formular otra hipótesis.

Se hallaban reunidos en la biblioteca, donde la iluminación era algo deficiente.

Defecto del que, al parecer, adolecían todas las estancias de la casa de piedra.

El mayordomo, a quien tío Cecil llamaba Lukas, estaba sirviéndoles unas copas de *brandy*.

—No soy enteramente de su parecer —manifestó tío Michael—. Yo me veo obligado a admitir la posibilidad de tales hechos.

—Si me lo aclarase un poco más —dijo Frank—, se lo agradecería muchísimo.

—Me sabe mal decirlo delante de Carol —volvió la mirada hacia su sobrina—, pero dadas las circunstancias que concurren, me considero obligado a no dejar suelto este punto. Algo que, por lo demás, no creo que ignore nadie que conociera bien a James.

—Dígame…

—Mi hermano James solía beber demasiado. A veces, sin poder evitarlo, acababa borracho. Cabe, pues, que James bebiera más de la cuenta y que saliera a dar una vuelta con la intención de airearse… Cabe que, una vez junto a los cañaverales, se echara a dormitar un rato… Puede que midiera mal el espacio y que cayera en la charca, y que se ahogase… Luego llegarían las ratas…

—Para que su cuerpo quedara tan destrozado —le interrumpió Frank—, tuvieron que ser miles y miles de ratas… Y las ratas, en profusión tal, no son en Maggawin más que historia… De eso hace ya demasiados años…

—Si sucedió en el año 1899, puede haber sucedido ahora algo parecido, ¿no? —intervino tío Paul.

—Yo me inclino a suponer que no es ése el motivo. —Repuso Frank—. Aunque lo parezca, no lo creo…

—Lo dirá la autopsia —dijo a su vez tío Cecil—. Entonces saldremos de dudas.

—Sí, claro —admitió Frank.

Luego pensó que lo mejor que podía hacer era regresar a la posada. No resultaba prudente seguir inmiscuyéndose en los asuntos de aquella familia.

Pero, claro, su retirada sería simplemente aparente. No estaba dispuesto a cejar en todo aquello mientras no viera la situación clara. Y cada vez estaba más oscura, resultaba evidente.

Se despidió de la muchacha, rogándole que fuera fuerte. Le prometió que volvería al día siguiente a primera hora. Podía contar con eso.

Regresó a pie, diciéndose que por nada del mundo se quedaría a vivir en una localidad como aquélla. Allí no había nada que valiera la pena. Todo era una auténtica birria.

Bueno, dejó de pensar exactamente así, escapándosele un silbido netamente admirativo, cuando entró en la posada y vio allí, de espaldas, a una rubia. Tenía un tipo estupendo, de impresionantes curvas, y unas piernas preciosas que enseñaba hasta medio muslo.

Su sorpresa fue grande cuando la rubia, ante su significativo silbido, se volvió. Se trataba de Stephanie, la ex modelo publicitaria, la prometida de Michael Powers. Precisamente ella.

—Vaya, vaya… —La miró de arriba abajo—. Por lo visto vamos a encontramos todos aquí…

—¿Qué tal, señor Milde? —sonrió seductoramente—. Dese cuenta, no me he olvidado de usted, ni de su nombre.

—Se lo agradezco.

—Con sinceridad —amplió su sonrisa—. Cuando nos presentaron en el hospital, no pude menos de decirme: «Carol sabe elegir a los hombres. No es tonta la chiquilla…».

—No esperaba encontrarla aquí, ni un recibimiento tan bueno por su parte…

—Tampoco yo lo he tenido malo. El silbido ha sido en mi honor, ¿no es eso?

—Puede tener la absoluta seguridad de ello. Pero conste —bromeó, levantando la mano como si estuviera jurando sobre la Biblia— que no sabía que fuera usted. De saberlo, comprenda que estando de por medio el señor Michael, su prometido… Porque es su prometido por lo que me han dicho, ¿verdad?

—¡Bah! —Hizo un gesto un tanto despectivo—. No haga mucho caso de lo que digan.

No se fíe de las apariencias.

—¿De qué, pues…?

—Eso lo irá viendo usted.

—De acuerdo —y con absoluta desenvoltura—: La invito a un *whisky* ¿vale?

—Acepto encantada —y clavando en él sus ojos de rata desdeñosa—: ¿En su habitación o en la mía? Soy buena chica, le dejo elegir.

—Tengo hoy mi día de suerte —Frank chasqueó la lengua. Luego sacó una moneda del bolsillo de su pantalón, la tiró al aire, la recogió y dijo, tras mirar de qué cara había quedado—: Ha tocado mi habitación. Conque ya lo sabe, si es que no le doy miedo.

—A mí nunca me han dado miedo los hombres, se lo aseguro.

—Mejor que mejor, preciosa.

Poco después estaban ya a solas en la habitación de Frank. Pero la verdad es que éste lo veía todo demasiado fácil. Las cosas fáciles siempre le habían olido a chamusquina, que es una mala manera de oler.

—Oye, monada —le dijo, cuando Stephanie se le acercó de tal modo que quedó materialmente pegada a él—. ¿Tanto impacto te he causado, que así de prisa te lanzas al abordaje?

—Tengo deseos de saber cómo besas… —Acercó a él sus labios provocativos, que entreabrió en gesto goloso.

—Debo hacerlo bien —dijo Frank—. Tengo mucha práctica. Sobre todo con las rubias.

—Pícaro… —sonrió.

Frank no se perdió la oportunidad de aquel beso, que era todo un premio. No iba a perderse tampoco el resto, si es que ella se empeñaba en seguir adelante. Por él no quedaría.

Pero era un hombre previsor, de ello que al alzar la moneda en el aire y luego mirarla, no lo dejara todo al azar. Sabía que la ventana de su habitación estaba orientada hacia la casa de piedra.

Una medida llena de prudencia, puesto que así, desde allí, con toda comodidad, podría ver si se acercaba Michael Powers. Aunque fuera de noche, le bastaría distinguir su mediana estatura y sus anchas espaldas, para saber a qué atenerse.

—Eres encantador, Frank —se pegaba a él más y más—. Va a gustarme estar contigo…

—Yo de ti, preciosa —le previno, guasón— miraría quién se acerca. Seguro que viene a verte.

—¡Oh, Michael! —exclamó, tras haber mirado a través de los cristales de la ventana.

—Escapa aprisa —se rió— o te Quedas sin boda…

—No creas, no me importaría mucho —pero a pesar de su aparente despego hacia Michael Powers, se dio buena maña para desaparecer de allí a toda velocidad.

CAPÍTULO IV

Habían transcurrido varios días, durante los cuales Frank Milde había acudido a diario a la casa de piedra. Con la excusa de que había decidido pasar sus vacaciones en Maggawin, de allí no le había sacado nadie.

Desde luego, estaba decidido a no abandonar a la muchacha en aquella difícil y crítica situación. Sólo se iría de allí si se la llevaba consigo. De lo contrario, ni hablar.

Pero Carol seguía junto a sus tíos. Claro está, no podía hacer nada más que acatar la voluntad de ellos.

Y la voluntad de tío Paul, y de tío Michael, era que ella continuara allí. No así la de tío Cecil, que solía decirle que se marchara cuanto antes. Que se marchara y no volviera nunca más.

—¿Temes por mí, tío Cecil? —Le preguntó la muchacha aquella mañana, en que el sol se filtraba a través de las nubes, queriendo disipar la niebla—. ¿Te asusta la idea de que una nueva avalancha de ratas…?

—De este suelo brota la muerte —dijo tío Cecil, y se colocó mejor en el sillón para que la joroba no se le viera tanto—. Se escapan de las cloacas… La autopsia lo ha indicado bien claramente, tu padre murió roído por miles de ratas hambrientas, famélicas… ¿Cuánto duró su pavoroso sufrimiento, su indecible tormento? ¿Horas…? ¿Días…? Sólo él podría responder a esto… Después de muerto, las ratas siguieron ensañándose con él… En fin, el resultado ya lo vimos nosotros… No, no podemos pensar que sucediera algo más… la autopsia aclaró el caso sin lugar a dudas.

—Pero mi padre no había bebido en esa ocasión —observó la muchacha.

—De lo que se desprende —hizo constar tío Cecil— todo el diabólico poderío de esas ratas… Aunque parezca increíble, se ve

que pueden con un ser humano… —Y agregó—: Yo no quería que vinieras aquí, no me gustaba este lugar para ti. Pero, Carol, yo no creía en historias pasadas… Se me antojaban pusilánimes, ridículas… Pero ahora tengo que creer, me veo obligado a ello. No me queda otro remedio.

Frank Milde había vuelto a pisar de nuevo aquella casa. Oyó estas últimas palabras y se permitió intervenir.

—En buena lógica, usted tiene razón. La autopsia sentenció el caso… Pero aun así, yo me resisto a aceptar los hechos tal y como me los presentan… Algo resulta incomprensible…

—Yo no tengo particularmente nada contra su opinión, tan respetable como cualquier otra —tío Paul, con un batín a cuadros que le hacía aún más bajo y más gordo, se plantó ante Frank Milde —, pero con sinceridad, sí me molesta que se esté metiendo en lo que no le llaman.

—Le pido disculpas —dijo el joven, queriendo evitar una posible discusión.

Algo que no le convenía. Él quería, ante todo, estar en buenas relaciones con los habitantes de la casa de piedra. Sólo así podría proteger debidamente a la muchacha.

—Para aclarar las situaciones dudosas, está la policía, no —insistió tío Paul—. Y aquí ya estuvo el teniente Murray.

—Sí, lo sé —asintió Frank.

—Sin embargo —remachó de nuevo tío Paul, como descontento de la mansedumbre del joven— usted se está empeñando en buscar tres pies al gato. Por ejemplo, nos ha dicho que viene a menudo por aquí porque ha decidido pasar sus vacaciones en esta localidad… ¡Qué pretexto más deplorable el suyo! A nadie se le ocurriría pasar unas vacaciones en Maggawin. Esto cae por su propio peso.

—Soy escritor. —Frank intentó sonreír—. Los escritores somos gente rara, ¿no lo sabía usted, señor Powers?

—Sé que desconfía de alguno de nosotros… —Tío Paul, nervioso, se ajustó mejor el batín a cuadros—. Aunque ignoro en qué puede basarse para…

—No desconfío de nadie —repuso Frank—, sólo que no termino de asimilar algunas circunstancias. Pongamos por caso, si es que tienen a bien escucharme…

—Sí, claro que sí —repuso Carol—. Nos interesa sobremanera

todo lo que puedas decir.

Ante el beneplácito de la muchacha, tío Paul torció agriamente el gesto.

Tío Michael, por su parte, siguió fumando. Sin dar muestras de excesivo interés, pero tampoco de desagrado.

—Si tu padre, Carol, murió en la charca, yo me pregunto, ¿cómo es que no llegaron hasta aquí sus gritos, cuando por la autopsia se supo que su muerte fue lenta, lentísima…? Tuvo que gritar, forzosamente… Entonces, ¿cómo se explica…?

Dejó colgados los puntos suspensivos. Con todo lo que de cortantes e hirientes pudiera haber en ellos.

—Yo no puedo responderle a eso —manifestó tío Paul—. Pero vuelvo a lo de antes, si el teniente Murray ha dejado el caso como concluido, usted, señor Milde, no debiera obstinarse en llevarle la contraria, que es lo que está haciendo, más o menos veladamente. Debiera comprender que para nosotros resulta doblemente penoso…

—No se lo tomes a mal —le interrumpió tío Cecil— y deja que el joven venga por aquí lo que guste. Piensa que tenemos una sobrina muy bonita, y que no sería nada extraño, que bajo su interés por lo que nos ha sucedido se encerrase simplemente… —Y dirigiéndose de nuevo a Frank—: Venga por aquí todo lo que le apetezca. Está usted en su casa.

Carol miró con agradecimiento a tío Cecil, mientras que Frank Milde le respondía:

—Muy agradecido, señor.

* * *

La muchacha le acompañó hasta la puerta de salida. Mejor dicho, hasta el sendero de los abetos.

—¿Es cierto eso. Frank? Referente a la muerte de mi padre, desconfías de alguien… —La angustia le obligó a dejar la frase sin concluir.

—Cuando tenga pruebas de algo en concreto, te lo diré. Mientras tanto no te apures, cabe que todo sea un poco de demasiada imaginación por mi parte —y cambiando de tema, con tono festivo —: Oye, Carol, ¿te has fijado en lo que ha dicho tu tío Cecil? Ha insinuado que a lo mejor me gustas…

—No hay cuidado, ya lo sé. A ti te gustan las rubias. Me lo dijiste no sé cuándo.

—¿De veras te dije eso?

—Sí.

—Lo diría para ponerte celosa.

—Lo dijiste porque es la verdad. Te gustan todas las rubias —y sin poder evitar unos celillos que Frank encontró encantadores—: Te gusta hasta la rubia que hay en la posada.

—¿Cómo sabes que hay una rubia?

—Me he enterado —le hizo saber.

—¿La has visto? —preguntó.

—No.

—Por eso… La hubieras reconocido en seguida, ¿sabes? Es Stephanie.

—¿Ella? —se asombró.

—La misma. La futura esposa de tío Michael. Él va a verla cada noche. ¡Qué raro que no os haya dicho nada!

—Sí que es raro —convino.

—Bueno, y de lo que te preguntaba antes, ¿qué…? —La detuvo, cogiéndola por los hombros—. ¿Te gustaría que empezara a darme por las morenas?

—Por las morenas, en plural, no… —Dijo la muchacha—. Por una en particular, quizá sí.

Pensó que Frank iba a besarla. Hubiera jurado que iba a hacerlo. Se hubiera apostado cualquier cosa.

Pero se equivocó, porque Frank, de pronto, echó a correr dejándola plantada.

Pero Frank no lo había hecho porque sí. Ni muchísimo menos. Sabía muy bien lo que se hacía.

Ya no era la primera vez que cuando salía de la casa de piedra se daba cuenta de que una silueta le perseguía. Entre la oscuridad de las charcas y las sombras de los cañaverales, le iba siguiendo los pasos. Como esperando una buena ocasión para lanzársele encima.

Frank pensó aquella noche, al ver que una vez más era seguido, que lo mejor que podía hacer era lanzarse él en persecución de su perseguidor, para averiguar de una vez de quién se trataba.

No lo pensó dos veces, echando a correr tras aquella sombra que podía ser, quizá, la clave de todo.

Si hacía del factor sorpresa una buena aliada suya, podría desenmascararle en menos tiempo del que se tarda en lanzar un suspiro. Bien mirado, esa persona no podía estar preparada para que él, de una actitud pasiva, se lanzara abiertamente al ataque.

Esa posibilidad no debía entrar en sus cálculos.

Corriendo como un gamo entre las charcas, Frank terminó cortándole la retirada.

Había visto su intención de huir, al verse tan inesperadamente perseguido.

—Sin tantas prisas, amigo… —le dijo, apareciendo frente a él, cerrándole el paso—. Las prisas no son buenas a la hora de hacer la digestión.

Pero todo hay que decirlo, el aspecto de aquel hombre le había hecho tragar la saliva con un poco de dificultad. Se trataba de un hombre joven de unos treinta años, de barba oscura, cerrada, casi con dos metros de estatura. La anchura de sus hombros resultaba descomunal.

—¿Por qué me persigues? —Inquirió Frank, al ver que el desconocido plegaba los labios en un pertinaz mutismo—. ¿Qué buscas…?

Ahora sí habló. Pero forzando extrañamente sus cuerdas vocales. Cambiando a sabiendas, evidentemente, el tono normal de su voz.

—Vete de Maggawin.

—No me gusta recibir órdenes —puntualizó Frank—. Prefiero darlas. Esto va más con mi carácter.

—Te las quieres dar de gracioso, ¿eh?

—Estaba seguro de serlo.

—Pues dejarás de serlo, y para siempre, si no me haces caso —seguía forzando la voz. No se descuidaba el pormenor. Debía ser de vital importancia para él.

—Me parece que me estás amenazando.

—De muerte —aclaró.

—Vaya, vaya… —Y aparentemente tomándoselo a chunga—. Lástima que de cobarde tenga poco. Ésta hubiera sido una ocasión inmejorable para asustarme.

—Ya te lo he dicho. No te lo repetiré más. Y ahora déjame pasar, a las buenas… De lo contrario sabrás de la fuerza de mis puños. Te aseguro que no son ninguna broma.

En lugar de apartarse, Frank Milde siguió allí, con las piernas abiertas, en forma de compás, cerrándole por entero el paso. Al poco había de preguntarle:

—¿Para quién trabajas…? Se comprende, para alguien que te paga bien. Debieras ser un buen chico y decirme su nombre…

—Tienes sentido del humor, ¿eh? —soltó una risotada. Una risotada que dio la sensación de escapar a ese tono de voz que estaba fingiendo.

Frank estaba dispuesto a pelear con aquel hombre. No sería él quien retrocediera.

Pero oyó un grito. Un grito que pareció temblar y retemblar entre la inmóvil superficie de las sucias charcas y el crujiente sonido de sus circundantes cañaverales.

¡Y era Carol quien había gritado!

Frank se olvidó de su rival, dejándole expedito el camino. La muchacha era lo único que le interesaba en aquel momento.

CAPÍTULO V

Frank se había alejado nuevamente de la muchacha, tras haberse asegurado de que su grito había carecida de fundamento.

Había sucedido que Carol había abierto la ventana de su dormitorio, viendo como, de pronto, unas cuantas ratas se colaban dentro de la estancia.

Temiendo no sé qué horrores, estremecida de pies a cabeza, gritó con todas sus fuerzas.

Pero Frank, tras hacer que las ratas huyeran de la habitación, convenció a la muchacha de que aquello no había tenido la menor importancia. En aquella zona había ratas y alguna de ellas habían osado meterse en su dormitorio. Esto era todo. No tenía por qué seguir asustada.

Ya en la posada, Frank Milde se decidió a cenar con calma. Se había ganado un rato de tranquilidad. Mientras tanto, reflexionaría sobre todo lo sucedido.

Pero apenas tuvo servido el primer plato, Stephanie se dejó ver en el tosco comedor. No cabía duda, tendría que dejar para mejor ocasión sus reflexiones.

De todas maneras, se alegró de volver a verla. No ciertamente por el buen regalo que toda ella significaba para los ojos, sino porque la madeja estaba revuelta y él buscaba el hilo que pudiera desenredarla. No se conformaba con las explicaciones que unos u otros pudieran darle. Necesitaba algo más.

—Buenas noches, Frank —fue ella la primera en saludar.

—¿Qué tal, Stephanie? —sonrió de un modo despreocupado—. Hace un siglo que no te veía. ¿Te sientas a mi mesa?

—Sí, claro que sí. Podemos cenar juntos, si no te molesta —dijo ella.

—Para molestarme la presencia de una mujer tan guapa y

atractiva como tú, tendría que estar loco, o ser tonto. No creo ser lo uno ni estar lo otro —galantemente se había levantado para acercarle una silla.

—Michael es muy celoso —Stephanie no tardó mucho en expresarse en estos términos—: Debo ir con cuidado. Espero que lo comprendas.

—Perfectamente.

—Ya encontraremos otra oportunidad… —Hizo un gesto insinuante—. Más adelante. Ahora sería precipitado.

—Tú debes saberlo mejor que yo —y decidido a ver si sonsacaba algo, agregó—: Oye, Stephanie, ¿tú sabes el verdadero motivo de que todos los hermanos de Cecil Powers hayan tomado la decisión de venir a pasar una temporada aquí, en Maggawin? Es una decisión que parece no tener sentido. Ellos aborrecían este lugar.

Stephanie no debía esperarse que Frank Milde le hablara de este modo, de ahí que se sintiera cogida de improviso.

—Michael me tiene una confianza absoluta —respondió, tras titubear un poco—. No me guarda ningún secreto.

—¿Eso significa que estás al corriente…?

—Sí, sí —afirmó Stephanie—, pero no puedo decirte nada, Frank. De veras lo lamento.

—Debe ser un motivo poderoso —remachó Frank— cuando siguen impertérritos aquí, aun después de lo que ha sucedido… No, no creo —se anticipó a las posibles palabras de ella— que piensen sinceramente que la muerte de su hermano James ha sido casual, un mero accidente…

—¿Qué, entonces? —preguntó Stephanie, por primera vez viéndosela muy nerviosa.

—Todavía no lo sé, pero llegaré a saberlo. Ahora bien, puesto a aventurar una hipótesis, diría que se trata de algo relacionado con las balbuceantes palabras que Cecil Powers pronunció, en medio de su delirio, en el hospital.

Stephanie acusó el golpe de una forma tan categórica, tan rotunda, que ella misma pensó que ya no valía la pena seguir callando.

—Sí…, se trata de eso… —asintió—. Cecil tiene en su poder muchos millones de dólares… Y lo sabía James… Como lo saben Paul y Michael.

—¿Y qué pretenden sus hermanos, los dos que ahora le quedan, averiguar dónde los esconde y quitárselos…? Lo mismo que sin duda pretendió James…

Stephanie se sofocó. En esta ocasión no supo qué decir.

—Pues si es esto lo que pretenden —insistió Frank Milde— todo hace presumir que dan por descontado que, una vez, robados esos millones, Cecil Powers no irá a presentar la correspondiente denuncia a la policía… ¿Y por qué no ha de ir…? Sólo cabe una respuesta. Porque esos millones de dólares fueron a su vez conseguidos indebidamente.

Fuera de la ley, quiero decir.

—Es posible —murmuró Stephanie.

—Si Michael no tiene secretos contigo —intentó coaccionarla—, seguro que también sabes eso.

—Ya te he dicho bastante, ¿no crees? —En el fondo se la veía molesta de no haber sabido esquivarle.

—No, no lo creo. Por el contrario, considero que me has dicho poco —y con una gravedad que hasta entonces se había dado el lujo de dejar a un lado—: ¿No has pensado, acaso, en que también tú puedes estar en peligro, preciosa?

—¿Yo? —Se asustó Stephanie—. ¿Yo en peligro? ¡Qué ideas se te ocurren! ¿Por qué iba a estar yo en peligro?

—Tú, y todos nosotros… Incluso yo, que por lo visto estoy metiendo las narices en este asunto más de lo que desearía alguien… No sé quién es ese alguien, pero de todas las maneras el peligro se mastica…

—Has conseguido ponerme nerviosa —confesó, luego de buscar instintivamente en su monedero, sacando un cigarrillo y colocándoselo entre los labios.

No tuvo necesidad de buscar el encendedor. Frank Milde le ofreció la llamita del suyo, mientras a la vez la obsequiaba con esta frase:

—Apostaría cualquier cosa a que has oído hablar de un atraco a un banco de Miami. Los atracadores fueron acorralados aquí, en Maggawin. Hubo un intenso tiroteo entre ellos y la policía. Los atracadores murieran en su totalidad… Pero al abrir el coche en que éstos huían, el botín, que era de veinte millones de dólares, había desaparecido…

Stephanie apenas pudo encender el cigarrillo. Se diría que no daba con la llamita. ¡Los dedos se le pusieron a temblar tanto!

—Antes me has dicho, Frank, que de tonto no tienes nada —carraspeó un poco antes de decirlo—. Pues bien, confieso que estoy de acuerdo contigo. No se te escapa ni un pelo en el aire, ¿eh?

—Tanto como eso… Desde luego, ya he empezado a sacar algo más que conclusiones —y expuso—: Se trata, en principio, de que Cecil Powers consiguió, él debe saber cómo, apoderarse de aquel dinero que a su vez robaron los atracadores… Que tenía tal dinero en su poder, lo dijo delante de sus tres hermanos, al delirar… Y éstos, cegados por la ambición, pretenden arrebatárselos… En fin —concluyó—, ha habido ya un muerto. ¿Quién será el siguiente…? —Y acto seguido—: Pero ¿quién es el asesino…? ¿Quién…?

* * *

Más o menos en aquellos mismos instantes, tío Cecil hablaba con sus hermanos.

Con los dos que le quedaban.

Empezó a hablarlos con calma, con serenidad. Como no queriendo perder los nervios.

—Resulta absurdo que estéis aquí. Nunca me habéis querido bien, siempre os habéis burlado de mí.

En la biblioteca de la casa de piedra, la luz era mucho menos deficiente que en anteriores ocasiones. Carol había dicho que a ella le gustaban las habitaciones bien iluminadas, y he aquí que, sin duda para caerle simpático, el mayordomo, Lukas, se había apresurado a cambiar las bombillas.

—Te rogamos, Cecil, que olvides el pasado. —Paul acertó a sacar a flote su más jovial sonrisa.

—De ahora en adelante, seremos buenos hermanos, unidos en todo momento —intercaló Michael, que también sonrió como mejor supo.

—Pero ¿no os dais cuenta? —Tío Cecil ocupaba su sillón de siempre, de alto respaldo, donde parecía querer esconder la línea sinuosa de su joroba—. No tiene sentido esto… Y sí, me gustaría saber si existe un motivo especial que os haya hecho cambiar respecto a mí…

—Sí, lo hay —repuso Paul— y ese motivo es Carol. Ella te

quiere. Posiblemente ha sido su cariño hacia ti lo que ha hecho que nos avergonzáramos y nos arrepintiéramos de habernos portado tan mal contigo.

—Tiene razón Paul —dijo Michael—. Con una sobrina tan encantadora como Carol, no cabe otra solución que sentimos mejores…

¡Pero Carol sabía que mentían! Tanto tío Paul como tío Michael. Mentían los dos. Y mal… Se les veía falsos como el hambre.

—¿No sería mejor que os fuerais ya? —inquirió tío Cecil, de pronto—. Carol no está a gusto aquí. Yo le alabo el gusto… Sobre todo después de lo que le ha sucedido a su padre…

—¡No, todavía deseamos estar un poco más a tu lado! —exclamó tío Paul, impulsivo.

—¡Si, claro, aún es pronto para dejarle! —Corroboró tío Michael, tan impulsivo como su hermano, quizá más.

—Bien, como queráis —dijo finalmente tío Cecil—. Por sitio no es. Ya veis lo grande que es esta casa.

Michael aprovechó la alusión hecha a lo espaciosa que era esa casa, para comunicarle a su hermano Cecil que Stephanie estaba en una habitación de la posada. No muy complacida, por cierto, pues allí se sentía muy sola.

—¿Qué quieres decirme con esto? —Quiso saber tío Cecil—. ¿Qué te gustaría que también a ella le brindara mi hospitalidad? Bien, por mí no ha de quedar la cosa. Si tienes gusto en ello, dile que venga. Lo peor será para ti, mi buen Lukas —se dirigió al sirviente, que acababa de entrar—, que eres ya viejo y estás solo para el trabajo.

—No se preocupe por mí —dijo Lukas, y miró a Carol con una sonrisa extraña.

Una sonrisa que se repitió cuando, un rato después, cada uno de ellos se dirigió a su dormitorio.

Lukas acompañó a la muchacha al suyo, que era amplio, y tenía unos muebles bastante decorosos. Era el mejor dormitorio de la casa. Lo peor había sido hasta entonces su escasísima iluminación, pero ahora la luz era fuerte. Lukas se había encargado de dejarlo todo a gusto de la muchacha.

—¿Así le parece mejor, señorita Carol? —le preguntó.

Y fue entonces cuando de nuevo asomó aquella enigmática

sonrisa en el rostro inundado de arrugas, enmarcado por los cabellos blancos, casi amarillentos, descuidadamente peinados.

—Sí, así está todo mucho mejor. Gracias. Lukas —pero la muchacha no podía evitar el estremecerse cada vez que estaba junto a aquel hombre, torcido y encogido todo él, con la mano derecha casi barriendo el suelo.

—Si desea algo más —insistió el mayordomo— ya lo sabe. Quedo a sus órdenes.

—Gracias, Lukas.

—¿Quiere que le destape la cama, que le saque el camisón…? ¡Oh, no quisiera que lo tomara como un atrevimiento…! A mis años no puede haber mala intención en lo que le digo… Sólo me guía mi deseo de atenderla…

—No es necesario —sonó seca la voz de la muchacha—. Gracias de todos modos, Lukas. Puedes retirarte.

Volvió a mirarla de aquel modo que la dejaba helada…

CAPÍTULO VI

Serían las tres de la madrugada, y un silencio absoluto reinaba en el interior de la casa de piedra.

Pero era un silencio inquietante, casi insoportable, que parecía meterse en los músculos, en los nervios, en los huesos, como cargado de electricidad.

Por lo menos era esto le que experimentaba Paul Powers, que había optado que fuera aquella noche, no otra, la decisiva.

Sin embargo, sentía miedo de su propia osadía. Un miedo que le arrugaba el ombligo.

Pero ya había cruzado el pasillo, ya estaba escaleras abajo. Ya no era el momento de retroceder, de sentirse cobarde. De los cobardes y pusilánimes no es el mundo. El mundo es de los valientes, de los osados, de los que saben jugárselo todo a una sola carta. Y es lo que él iba a hacer.

Ya estaba junto a la pequeña puerta, tras la cual quince escalones conducían al sótano. Empezó a bajar. Ya estaba abajo. Poco debía faltarle para llegar al armario pintado de color amarillo.

Recordaba las palabras medio incoherentes, balbuceantes, pero que él consiguió entender, de su hermano Cecil.

«Y los veinte millones de dólares, los que saque del coche de los atracadores, los tengo en el armario amarillo… El armario está en el sótano… La madera del fondo es deslizante. Allí está el dinero…».

No sería difícil hacerse con los billetes. Los cogería, los metería en una maleta que ya tenía preparada para tal cometido, y luego huiría de la casa de piedra y de Maggawin para siempre.

Sí, conseguiría lo que se proponía antes de que Michael actuara por su cuenta. O antes, que, por su cuenta única y exclusiva, lo hiciera Stephanie. Seguro que era esa idea la que se llevaba entre manos aquella zorra de mujer. Cuando deseaba ser huésped de la

casa, seguro que la misma idea que a ellos se le había metido entre ceja y ceja.

Ya veía el amplio armario pintado de color amarillo. Entraba cierta claridad por unas pequeñas claraboyas situadas en lo alto, casi junto al techo. Esa claridad le bastaba.

Cuando llegó junto al armario, temblaba como una hoja de papel, y sudaba como si hiciera una hora que estuviera llevando sacos de cien kilos sobre sus espaldas.

Temía encontrárselo herméticamente cerrado, pero estaba abierto. Aquel armario no tenía cerradura, tan sólo un pequeño pestillo En apariencia, pues, no encerraba nada de valor. Evidentemente, un modo como otro cualquiera de alejar de allí posibles sospechas. Si es que alguien podía sospechar que allí se hallaba metido tanto dinero.

Paul Powers iba sobre seguro. Había oído bien las palabras de su hermano. No podía equivocarse.

Abrió el armario, viendo que en su interior no había nada. Sólo, sobre la madera del suelo, un par de cajas de cartón, vacías. Pero se hallaban a un extremo, así que poco iban a estorbarle.

Decidido a poner manos a la obra, palpó con sus manos las maderas del fondo, pero no acertó a moverlas de su sitio. Aquello estaba fuerte. Le costaría deslizarías.

De todos modos, antes o después había de conseguirlo. No sería tan difícil.

Para facilitar su propia tarea, se metió dentro del armario, así estaría más cerca de las maderas deslizantes.

Pero, de pronto, un grito ahogado salió de su garganta. Había cedido la tabla que se hallaba bajo sus pies, y su cuerpo bajo y grueso se había visto precipitado en un tenebroso vacío.

Fue a caer en una rampa, por donde fue descendiendo lenta pero inexorablemente hacia…

No podía saber hacia dónde. Allí la oscuridad era tenebrosa. Como si se hallase en la galería de una mina abandonada.

Pasaron unos segundos angustiosos, sobrecogedores, sencillamente inacabables.

Seguía sin ver nada. Seguía, asimismo, descendiendo no sabía hacia dónde.

¿Acaso hacia el infierno? No pudo menos de pensarlo. Así de

pavorosa resultaba aquella situación.

Al terminar la rampa, su cuerpo fue a caer a una especie de ancho y espacioso pozo, en cuyo fondo había unos cuatro palmos de agua.

Allí sí había luz. En la parte alta. Unas cuantas lucecitas de color violáceo. También allí había desaparecido el silencio. Existía un chorro de agua, que manaba seguido, seguido…

Paul Powers se puso en pie, medio tambaleante, queriendo tragar saliva, pero sin conseguirlo. El pavor sentido hasta entonces, se había multiplicado por cien, por mil.

Pero su pavor creció aún más y más, si ello cabe, al darse cuenta de que allí, en aquel pozo, sobre cuya abertura, el techo, acababa de caer una inexorable chapa de hierro, había ratas…

Una cantidad espantosa, enloquecedora, alucinante. Una cantidad como para llenar a tope una estancia de medianas dimensiones.

Estaban hambrientas, famélicas, y corrían y se agitaban de aquí para allá. A los pocos segundos de permanecer allí, las tenía ya subiéndole a docenas por las piernas, recorriéndole los brazos, pasándole sobre la cara. Unas y otras intentando mordisquearle.

Pero él las ahuyentaba a manotazos, mientras sus ojos miraban con manifiesta y creciente alarma el chorro de agua que manaba sin parar.

El agua estaba fría y le llegaba ya hasta medio cuerpo, y eso le hacía temblar terriblemente, aunque posiblemente también era de miedo, de horror.

Sin embargo, la otra mitad del cuerpo seguía sudando a borbotones. Como si perteneciera a otra persona.

En eso, a través de un altavoz técnicamente colocado, oyó la voz cascada e inconfundible de su hermano Cecil:

—Has caído en la trampa, grandísimo estúpido… —Y entre risas —: El otro día fue James… Hoy eres tú… Más adelante será Michael… Todos moriréis… ¡Todos! Y yo me quedare con Carol… Con Carol, que es la imagen exacta de su madre…

* * *

Carol se durmió con cierta aprensión.

Había cerrado la puerta con llave, pero a pesar de eso se sentía

intranquila, desasosegada, como si presintiera que algún grave peligro la estaba acechando.

Poco después, mientras los párpados le pesaban de un modo insoportable, se dijo que el sueño la estaba venciendo con excesiva rapidez. Aquello no resultaba normal.

Sin embargo, se hundió en las brumas de aquel precipitado sueño sin tener tiempo de sospechar del vaso de leche que se había tomado antes de acostarse. Un vaso de leche que no había encontrado tan sabroso como en otras ocasiones.

Sólo supo que, en medio de aquellas somnolientas brumas, oyó, o creyó oír unos pasos en el interior de su habitación. Unos pasos quedos, sigilosos, que se acercaban a su lecho.

En eso sintió que unas manos de hombre, ásperas, recias, le acariciaban el cabello, el rostro, y se deslizaban por sus desnudos hombros ansiosas de frenético deseo.

Quiso abrir los ojos, pero no pudo. Le pesaban como si fueran de plomo.

Las manos del hombre seguían acariciantes, sobre sus hombros…

Intentó moverse, agitarse, rebelarse a aquella presencia, que cada vez estaba más peligrosamente cerca.

Pero el cuerpo no la obedecía, parecía como si sus músculos todos se hubieran paralizado, y tuvo que quedarse quieta, inmóvil, en poder de aquel contacto estremecedor.

Instantes después, sintió cerca de su boca el aliento masculino… Un aliento que era casi un siniestro jadeo.

Entonces, acumulando energías, se esforzó por gritar… Se esforzó hasta el límite de sus fuerzas. ¡Y milagrosamente el grito salió al fin de su garganta!

De forma precipitada, los pasos retrocedieron, se alejaron de su lecho…

Carol consiguió entreabrir los ojos e incorporarse. Pero allí no había nadie. La habitación estaba totalmente vacía.

Miró hacia la puerta.

Seguía cerrada con llave.

«Habrá sido una pesadilla —se dijo—. ¡Oh, qué cabeza más cargada tengo!».

CAPÍTULO VII

Habían transcurrido tres días.

Paul Powers había desaparecido y era mucha la consternación de todos ellos. Sobre todo —aparentemente, claro— de tío Cecil.

No sabe duda, seguía desempeñando su papel a la perfección. Tan a la perfección como lo desempeñara hasta entonces. Se afanaba para que su plan saliera perfecto. ¡Y perfecto estaba resultando! A este paso, pronto la encantadora Carol estaría en su poder, sería de su exclusiva propiedad.

El teniente Murray acababa de presentarse en la casa. Ante la desaparición de un nuevo componente de la familia, no les había quedado otra alternativa que requerir otra vez su intervención.

El teniente Murray había llegado de la localidad vecina. Maggawin no tenía importancia y carecía de puesto de policía. El teniente Murray era un hombre de buena talla, bastante mayor, que usaba lentes.

En el caso de James Powers se había limitado a fiarse de las apariencias, de lo que daba la impresión de no tener vuelta de hoja. Un error que había hecho del caso un mero accidente.

En cuanto a Paul Powers, la verdad es que aún no había sucedido nada. No aparecía, bueno. Podía haberse ido tranquilamente a cualquier parte, y dejarse ver de regreso en el momento menos esperado. Un poco de paciencia y quizá todo se solucionara por sí mismo.

—De todos modos —intervino Frank Milde, cuando vio que el teniente ya se retiraba— le volveremos a llamar si dentro de veinticuatro horas todo sigue como hasta ahora. No estará de más echar una ojeada a las charcas, rastrear por los alrededores.

—Pero ¿teme usted que al señor Paul Powers le haya sucedido lo mismo que a su hermano James?

—Francamente, teniente —respondió el joven—, sí me lo estoy temiendo. Y me extrañaría mucho que me equivocara, yo no suelo fallar nunca en mis deducciones.

—¿Tiene, exactamente, en qué basar esas deducciones a las que alude?

—No.

—Siendo así, no me sirven.

—Lo lamento de veras.

Acto seguido, el teniente Murray se fue, y Frank Milde se quedó con varias miradas clavadas en él.

—Me parece —opinó tío Michael— que se ha quedado a medias con el teniente.

Podía haberle dicho algo más, si, estoy convencido de ello. ¿Me equivoco?

—La misma sensación he tenido yo —intervino Stephanie, que hacía ya dos noches que dormía en la casa de piedra—. ¿Sospecha algo, o de alguien…? De ser así, su obligación es…

—Es… asegurarme —dijo Frank Milde—. No puedo sentenciar a la ligera, sería por mi parte una imperdonable ligereza.

—En esta casa —indicó tío Cecil, con un tono de voz que pareció lo más inofensivo del mundo— se le recibe con agrado y simpatía. En justa reciprocidad, le ruego, señor Milde, que si en algo puede ayudarnos… Comprenda que la muerte de nuestro hermano James en semejantes circunstancias, y ahora la desaparición de Paul…

—Me hago cargo, señor Powers —repuso Frank—, la situación no es para ponerse a bailar. De todos modos, el teniente Murray es el que lleva el caso ¿no? Supongo que no estaría bien que yo, dándomelas de superlisto, cogiera por mi cuenta las riendas del asunto. Lo más que puedo hacer, si a ustedes les parece bien —añadió—, es echar una ojeada a las charcas más cercanas.

—No es maja idea —dijo tío Cecil, sin duda pensando que resultaría menos sospechoso cuantas más facilidades diera al joven entrometido.

—No, no es mala idea —dijo a su vez tío Michael.

—Sí, claro… —asintió Stephanie.

—Yo te acompaño —manifestó Carol, desenvuelta.

—Pues no se hable más —se decidió Frank—. Vamos ahora mismo, antes de que empiece a anochecer.

Poco después habían salido de la casa, encaminándose hacia el lugar en que las charcas eran más profundas y numerosas.

—No creo que encontremos nada —dijo Frank a la muchacha—. Tu padre tardó cuatro días en aparecer, ¿no es eso? Pues tu tío Paul no creo que aparezca antes.

—Entonces, ¿qué finalidad tiene lo que vamos a hacer? —preguntó la muchacha.

—Esperaba que tú te ofrecieras a acompañarme. Así podremos hablar a solas. Es conveniente que te explique unas cuantas cosas, y delante de ellos no era posible.

—Empieza por explicarme, por favor, qué has querido decir con eso de que no crees que tío Paul aparezca antes de cuatro días.

—Voy a empezar explicándote por qué… no te besé el otro día. Supongo que lo estarías esperando. Debí defraudarte.

—No me defraudaste, porque ni se me ocurrió que pudieras besarme —mintió Carol—. No seas pretencioso, Frank.

—Eché a correr de pronto, porque desde hacía varios días alguien me seguía cada vez que salía de la casa de tu tío Cecil. Me propuse alcanzarle y averiguar quién era.

—¿Y conseguiste lo que te proponías?

—Le alcancé. Era un hombre joven, muy alto, fuerte. No le había visto en mi vida.

Estaba dispuesto a sacarle a viva fuerza lo que pudiera saber, pero fue entonces cuando tú gritaste, y le dejé para ir a ver qué te sucedía.

—Lamento haber sido tan inoportuna, Frank. Pero, quién sabe, tal vez te hice un favor. Has dicho que era joven, muy alto, fuerte. Quizá hubiera podido más que tú.

—¿Más que yo? —Bromeó, con tono jactancioso—. ¡Ni hablar de eso, Carol! Por lo visto no sabes que en el colegio todos me tenían mucho respeto porque por menos de nada les tumbaba…

—Esto no hubiera sido una pelea entre niños, y tú no lo ignoras. ¡Oh, Frank —exclamó—, debes tener cuidado! Si de verdad ese hombre te perseguía…

—No lo dudes.

—¿Qué te dijo? —Quiso saber—. Al verse detenido… ¿O no te dijo nada?

—Sí, me habló. No mucho, pero desde luego muy sustancioso.

Me amenazó de muerte si no me iba de Maggawin.

—Tendrás que irte, Frank —dijo ella, pero temblando de pies a cabeza tan sólo de pensar que pudiera quedarse sin él—. Si te ha amenazado de muerte… No vas a arriesgarte tanto por mí…

—No podría hacerlo por una chica más guapa… —Y la abrazó diciendo—: A propósito, te debo un beso, el del otro día.

Carol no opuso la menor resistencia, y Frank la besó largamente.

—Me parece —comentó el joven, riéndose— que terminaré casándome contigo.

—Será si yo quiero —dijo ella, pero a todas luces feliz y dichosa entre los brazos de él.

—Tú querrás, seguro que si…

—Bueno —le interrumpió ella—, déjate de tonterías y dime aquello. ¿Por qué, según tú, tío Paul tardará también en aparecer unos cuatro días?

—Lo he dicho antes, lo repito ahora. Estoy temiendo que, en todo y por todo, se repita el caso de tu padre. Pero, bueno, ¿quieres saber exactamente lo que pienso? —Inquirió Frank—. Te lo diré si me prometes tomártelo con la debida calma.

—Te lo prometo, Frank.

—Pienso que tío Cecil… —empezó a decir.

Pero sus palabras iban a resultar demasiado fuertes, excesivamente duras, y consciente de ello se detuvo.

—Tío Cecil, ¿qué? —le instó a seguir la muchacha.

—Está enamorado de ti —se decidió a decirlo— como en otros tiempos lo estuvo de tu madre.

—¡No! —exclamó Carol, sintiendo horror.

—Sí, si… —afirmó Frank—. Y hay un motivo sumamente significativo, que le delata sin que se dé cuenta. Cuando estás delante de él, siempre se coloca en el sillón en la postura oportuna, idónea, para que, desde donde tú estés, no le veas la joroba.

—Pero eso no quiere decir…

—Mucho Tendría que equivocarme, Carol. Será mejor que empieces a ver la situación desde este punto de vista.

—Yo me siento asustada, cada día más —le confesó—. Sobre todo desde lo que me sucedió una noche. Debió ser una pesadilla, claro, no pudo tratarse de nada más, cuando abrí los ojos la puerta de mi dormitorio seguía cerrada con llave…

Le refirió lo sucedido. Luego agregó:

—Pero yo no temía nada de tío Cecil, sólo de Lukas. Es Lukas quien me dice cosas raras y quien me mira de una forma…

—Lukas ha estado internado más de treinta años en un manicomio. Aunque le hayan dado de alta, sigue sin que su mente sea la de un ser del todo normal. De ahí que siempre te pueda sorprender con palabras extrañas y actitudes que no te gusten… Pero, quitado eso, no creo que debas temer nada de él… Has dicho —razonó— que aquel hombre, en tu pesadilla, o quizá en la realidad, te acariciaba los hombros con frenético deseo… Comprende, Carol, que Lukas ya no tiene edad de mostrarse tan impulsivo… En cuanto a tío Cecil, está precisamente en esa edad crítica, en que una chiquilla como tú puede enloquecerle del todo.

—Si estás en lo cierto, Frank, debiera irme de aquí. Pero tío Michael no quiere marcharse todavía… ¿Qué puedo hacer?

—Si no vas a irte, por lo menos abre bien los ojos y ten mucho cuidado. No tomes leche por las noches, es fácil que alguien pueda echarte algo. Cena sólo lo que los demás.

—Sí. Frank.

—Y no estés demasiado asustada, a pesar de todo lo que te he dicho. Recuerda —sonrió— que yo estoy velando por ti. Puedes estar segura de que a mí no van a engañarme fácilmente.

* * *

Frank Milde tuvo la oportunidad de dialogar con Stephanie, a solas.

No quiso desaprovechar la ocasión. Por el bien de ella. Le estaba dando la corazonada de que aquella llamativa, insinuante y despampanante mujer se estaba metiendo en un laberinto del que no Iba a salir nada bien librada.

—Stephanie, escucha.

—Dime. Frank.

—Me gustaría darte un consejo. Uno de los mejores que he dado en mi vida.

—¿De veras?

—Sí, aunque tú puedas suponer lo contrario.

—Empiezas con demasiados rodeos, ¿no crees?

—Iré más al grano, Stephanie, puesto que esto es lo que deseas.

Por otra parte, tienes razón, ¿a que darle vueltas y más vueltas a la noria si al final voy a decírtelo? Me creo obligado a ello.

—Decirme ¿qué?

—Que debes irte de esta casa. Éste es el consejo, Stephanie. De lo contrario, no daría ni un centavo por ti.

—Sí que me valoras poco —desde el principio de esta conversación, a Stephanie se la veía violenta, contenida, muy encerrada en sí misma.

—Los muertos no tienen valor —sentenció, rotundo, categórico, evidentemente queriendo impresionarla.

De momento lo consiguió.

Pero tras respirar hondo, lo que hizo que los senos de Stephanie se hinchasen agresivamente, consiguió dominar la totalidad de sus emociones.

—No voy a irme.

—¿Por qué no? —preguntó él.

—Eres demasiado curioso…

—No creas —ironizó—. En realidad, sé de sobra por qué te empeñas en seguir aquí.

Precisamente por eso te he dicho, que si te quedas no voy a dar ni un…

—… Centavo, sí, ya lo he oído. No hace falta que lo repitas.

Ella le miraba ahora con rabia. Profundamente molesta de que estuviera inmiscuyéndose tanto en sus asuntos, que a él, por descontado, no le incumbían en absoluto.

—No deseas casarte con Michael, ¿eh?

No se esperaba que Frank se expresara así, pero a pesar de eso fue a decir algo. Sin embargo, ya para entonces él estaba hablando de nuevo.

—Claro, se comprende… Si es Michael quien consigue esos millones, no te quedará otro remedio que casarte con él si quieres ser dueña de ese dinero. En cambio, si esos millones los consigues por tus propios medios, podrás largarte tan tranquila… Pero ¡demonios! ¿Es que eres tan obcecada, tan obstinada, que no te das cuenta que puedes correr la misma suerte que los demás? Me refiero, claro está, a James y a Paul Powers…

—De Paul no sabemos nada —dijo Stephanie—. Puede regresar de un momento a otro. No me extrañaría.

—Sabes por Michael dónde está el dinero y quieres anticiparte a él… Por otra parte, crees que vas a ser más astuta que los demás. Peí o ten presente lo que te digo, vas a cometer un gran error.

—No lo creo yo así —ya no le importó admitir que eran ésas sus intenciones.

—Lamento no poder disuadirte. Eres una mujer muy atractiva… Será una verdadera lástima que las ratas acaben contigo…

—¡Bah, no digas sandeces! —Molesta se separó de Frank y se dirigió hacia la salida de la estancia. ¿Pero qué terrible pavor debió dominarla por unos instantes, que se vio obligada a girarse y a decirle?—: Frank, voy a intentarlo. Si no regreso, en mi maleta encontrarás un papel donde estará anotado el lugar en que se halla el dinero…

Frank Milde comprendió que su decisión era irrevocable, que nada la haría desistir de aquella idea. Así que se limitó a decir:

—Gracias, Stephanie.

—Si consigo le que quiero —ahora consiguió sonreír— cualquier día, cuando estés en cualquier parte, recibirás una llamada telefónica mía. Podremos vemos, ¿eh? —Y confesó—: Desde el primer momento me has gustado mucho.

Frank Milde estaba seguro de que, si intentaba aquello, no regresaría nunca. Pero algo tenía que responder:

—Será un verdadero placer acudir a la cita que me des, preciosa.

CAPÍTULO VIII

Durante la cena, Stephanie estuvo mirando cada dos por tres a Michael. Quería saber si Michael, por su cuenta y riesgo, estaba decidido a actuar aquella noche.

Pero le vio visiblemente preocupado por la desaparición de su hermano Paul, así que dedujo que no estaba en ánimos de hacerlo.

Estupendo. Sería ella, pues, la que optara por ir de una vez hacia lo que tanto ambicionaba.

Llevaría una pistola. Si surgía algún inconveniente sabría defenderse. No se iba a dejar cazar como una gallina.

—Buenas noches, Carol.

—Buenas noches, Stephanie.

Se despidieron frente a las puertas de sus respectivos dormitorios, mientras el viejo Lukas, agachado y retorcido, con una mano casi rozando el suelo, las miraba fijamente.

Luego había de preguntarles:

—¿Puedo servirlas en algo más…?

—No, no —dijo Carol, nerviosa, y seguidamente abrió la puerta de su dormitorio y se metió dentro.

Otro tanto hizo Stephanie, pero ella, aparentemente al menos, más tranquila y serena que nunca.

Habrían transcurrido unas dos horas aproximadamente, cuando Stephanie salió al pasillo, cuya gastada alfombra silenció el sonido de sus pasos.

Unos pasos que se dirigieron escaleras abajo, hacia la pequeña puerta que daba acceso al sótano.

Al llegar allí, vaciló un poco. Pero tan poco, que su vacilación resultó imperceptible.

Empuñó mejor la pistola.

La rodeaba el silencio. Un silencio absoluto. Todos debían

dormir en la casa.

Para Stephanie no era un silencio inquietante, casi insoportable, que se metía en los músculos, en los nervios, en los huesos, como cargado de electricidad.

Ella tenía confianza en sí misma, y en la pistola que llevaba. Así que no sentía miedo de su propia osadía. No, a ella no se le arrugaba el ombligo.

Empujó la puerta, tras la cual los quince escalones conducían al sótano. Empezó a bajar. Despacio, con cuidado, por si acaso.

Ya estaba abajo. No había sucedido absolutamente nada. No había nadie.

Allí cerca se hallaba el armario pintado de color amarillo. Sí, ya lo veía. Entraba suficiente claridad por las pequeñas claraboyas situadas en lo alto, casi junto al techo.

Cuando abrió el armario, vio que estaba vacío, y se extrañó. Esperaba tener que sacar todo lo que contuviera. Mejor así, menos trabajo.

Palpó con sus manos las maderas de enfrente, pero no consiguió moverlas. Ni un centímetro. Ni medio siquiera.

Para facilitarse la tarea, decidió meterse en el armario. Así accionaría mejor.

Pero le sobraba la pistola, y optó por dejarla en el sucio. De momento no la necesitaba.

Hecho esto, se metió en el armario.

De súbito, un grito de espanto salió de su desgarrada garganta. Había cedido la tabla que se hallaba bajo sus pies, y su cuerpo se había visto precipitado en un tenebroso abismo.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó entre las malditas tinieblas que la rodeaban.

Había caído sobre la rampa, por donde la pendiente la fue deslizando inexorablemente hacia…

Pronto lo supo.

Hacia un pozo ancho y espacioso, en el fondo del cual había varios palmos de agua…

Y también luz, claridad, la que daban unas lucecitas de color violáceo. Y también había ruido. El que proporcionaba un chorro de agua, que manaba seguido, seguido…

Stephanie creyó volverse loca de horror, al ver la cantidad de

ratas que había allí.

Una cantidad aterradora, horripilante, diabólica.

Puesta ya en pie, quedó pegada de espaldas al muro, sintiendo ya que las ratas le subían y le bajaban por el cuerpo. Parecía incapaz de moverse. Estaba como hipnotizada.

Se limitaba a abrir los ojos hasta descoyuntar las órbitas, hasta casi sacarlas fuera.

Veía a pocos pasos de donde ella se hallaba el cadáver de Paul. En cuyo cuerpo bajo y gordo las ratas, las miles de ratas que había allí, se habían cebado de un modo horrendo, infernal, monstruoso.

—No, no… —gimoteó.

En aquel momento, una placa de hierro cavó sobre la abertura superior. El pozo quedó herméticamente cerrado.

—No, no… —volvió a gimotear, mirando hacia lo alto.

Al poco, a través de un altavoz, oía la voz cascada de tío Cecil.

—Te lo has buscado. Stephanie… No tenías por qué meterte en esto, pero lo has hecho. Lo lamento, tú misma te has buscado este final…

—¡No! —Exclamó Stephanie con desesperado horror—. ¡No quiero morir así! ¡Tenga piedad de mí! ¡Ayúdeme a salir!

—Las ratas acabarán contigo —siguió escuchando la voz de tío Cecil—. No, no te liberará del tormento ese chorro de agua… Mi hermano James, y Paul, así lo creyeron… ¡Que más hubieran querido! El agua sube y baja según me da a mí, pero es sólo un entretenimiento. El final corre a cargo de las ratas…

—¡No! —Esta vez su voz fue un verdadero alarido. Un alarido horripilante, pavoroso, demencial.

—No te molestes en gritar, Stephanie. Nadie va a oírte. Las paredes del pozo han sido bien construidas —y entre risas—: Tengo que dejarte, Stephanie. Otra persona se acerca al armario amarillo. Uno más a caer en la trampa, en el vacío… ¡Ja! ¡Ja! ¡Jaaaaaa…!

* * *

Volvió a alzarse la chapa de hierro del techo.

Y poco después, y a través de la rampa deslizante, llegaba una nueva víctima. La cual cayó inexorablemente en el interior del pozo.

Era Michael.

—¡Sácame de aquí! —aulló Stephanie.

Michael la miró, viéndola ya casi materialmente cubierta de ratas. Era un espectáculo verdaderamente digno del propio infierno.

—¿Tú…? ¿Tú…? —La sorpresa de Michael, por un momento, pudo más que todo su indescriptible horror.

CAPÍTULO IX

Durante aquella noche, Frank Milde había reflexionado mucho sobre los hechos acaecidos, y sobre los que, indudablemente, acaecerían. Nadie iba a poder evitarlo. El propio lucro les llevaría a unos y a otros hacia la perdición.

Sin embargo, él tenía que hacer algo para salvar a Carol, para llegar a tiempo y sacarla sana y salva de la casa de piedra.

Pero para eso tenía que poner manos a la obra. Era preciso que esclareciera todo el asunto, que desenmascarara al culpable.

Pero no iba a ser fácil, porque el asunto no estaba aún claro, si bien presentía que sus deducciones le estaban llevando ya a ateo realmente concreto.

Se levantó pronto y desayunó en el comedor de la posada. Mientras, aprovechó para dialogar un poco con la posadera, con esa mujer delgada, con cara de pocos amigos, que siempre llevaba delantales a rayas, con dos grandes bolsillos. Donde, sin excepción, metía ávidamente el dinero que cobraba de sus clientes.

—Tenía usted razón, no es nada agradable este lugar. Pero no se lo digo por el manicomio, pues bien mirado es sólo un edificio como cualquier otro. Sin embargo, todo en un conjunto contribuye a que uno piense con agrado en irse.

—No me extraña que se exprese así, señor. Aquí nadie para dos días seguidos.

—A propósito —terció Frank Milde—; he conocido a Lukas. Me refiero a aquel enfermo mental, va dado de alta, que vino a ofrecerle sus servicios. Con sinceridad, comprendo que no le diera trabajo. Es lamentable decirlo, pero tiene un aspecto tan…

—Le hubiera pasado por alto su aspecto físico —reconoció la mujer—. Me pedía poca cosa, comida y un lugar donde dormir, sólo eso, era ponerse a tono. Pero eso de que hubiera estado recluido

tantos años, más de treinta, como perturbado mental… Me asustan mucho los locos, ¿sabe, señor? Les tengo miedo. No lo puedo evitar.

—Es comprensible. Oiga, ¿sabe por qué tiene el cuerpo tan maltrecho y deforme?

—Fue debido a un accidente. Intentó escaparse del manicomio, de eso hará un año aproximadamente. Cuando ya había conseguido llegar a lo alto de la tapia, resbaló y en la caída se aplastó la espina dorsal, y varios huesos más. No hubo forma de dejarle bien.

—Lamentable.

—Siempre recordaré el día que sucedió eso. Fue el día que la policía acorraló aquí, en Maggawin, a los atracadores. A aquellos que en Miami se apoderaron de veinte millones de dólares.

—¿Precisamente ese día? —Y Frank Milde había dado un bote en su asiento.

—Sí, sí.

—Dígame, ¿en qué lugar de esta localidad, exactamente, hubo el tiroteo entre los atracadores y la policía? ¿Lo recuerda usted?

—Sí, claro que lo recuerdo. Fue a unos cincuenta metros del manicomio, quizá aún más cerca.

Frank Milde consideró que no sabía bastante. Enterándose de todo aquello, había dado, lo presentía, una brazada de verdadero gigante. Pero necesitaba más pormenores, más datos Era de vital importancia.

Por eso, dejó a medias el desayuno, encaminándose a grandes y decididas zancadas hacia el manicomio.

Para llegar hasta allí, el camino más recto era pasar por entre unos pedruscos.

Grandes y pequeños pedruscos, que hacían el terreno algo francamente accidentado.

Pero Frank Milde era ágil y ligero de piernas, y pensó que valía la pena pasar por allí.

Así llegaría antes y ahorraría tiempo.

No obstante, respecto a eso de ahorrar tiempo, se equivocó lamentablemente. Por la sencilla y contundente razón de que, así que estuvo a medio trecho, alguien se le puso por delante.

Y ese alguien fue aquel hombre joven, de barba oscura, cerrada, de casi dos metros de estatura, con hombros de descomunal anchura, que le había dicho no hacía mucho, no con muy buenos

modos por cierto, que debía irse de Maggawin.

—Te amenacé de muerte, ¿lo has olvidado? —Esta vez el desconocido fue el primero en hablar.

Pero habló como en aquella otra ocasión, forzando extrañamente sus cuerdas vocales. Cambiando a sabiendas, evidentemente, el tono normal de su voz.

—Con franqueza —ironizó Frank— no había vuelto a pensar en ti. Qué incorrección, que descortesía por mi parte, ¿eh?

—No me haces gracia —silabeó con los puños crispados—. Ya lo sabes.

—Hoy no tengo nada contra ti —le hizo saber Frank—. Debo dedicarme a otros asuntos. Así que, si te apartas, tan tranquilos.

Pero por el aspecto amenazador del desconocido sabía de sobra que no se iba a apartar. ¡Si estuviera tan seguro que iba a ganar su equipo de *rugby*!

—No voy a dejarte pasar. Y a menos que vuelvas sobre tus pasos, la paliza no te la quita nadie.

—Tengo que ir al manicomio.

—Allí no tienes nado que hacer.

—Te equivocas.

—Qué, ¿retrocedes o empiezo?

—Te prevengo que no soy fácil. Tengo malas pulgas. Así que, a lo mejor, esperas darme y soy yo quien te tumba a ti a la primera.

—No me gustan los fanfarrones —rechinó los dientes—. No me gustan nada.

—Pues adelante. Yo soy uno de ellos.

—¡Allá voy!

Se abalanzó como un auténtico ciclón, pero en aquel momento, a juicio al menos de Frank, sucedió lo más gracioso, divertido y chusco del mundo.

Del modo más tonto, a su adversario se le torció uno de los tobillos y quedó allí, entre los pedruscos, clavado, inmovilizado, con un gesto de agudísimo dolor en el rostro.

—¡Maldita sea! —le oyó mascullar.

—¿Qué te ha pasado, amigo? —Se rió Frank—. ¿Se te han quitado las ganas de arremeter contra mí?

—¡Maldita sea! —exclamó nuevamente.

—Bueno, paciencia, en otra ocasión ya nos daremos castañas —y

como sea que siguiera aquejado de fortísimo dolor, agregó con ironía—: Yo, ahora, aprovechando que eres buen chico y me dejas pasar…

Con la mandíbula crispada de rabia y los ojos fulgurantes de coraje, tuvo que ver cómo Frank seguía adelante. Y cómo poco después, habiendo llegado al centro psiquiátrico, hacía sonar la campanilla de su elevadísimo portalón.

Ya era tarde, por tanto, para impedir que llegara allí. Cojeando ostensiblemente, se alejó de aquel lugar. Dado el inconveniente surgido, lo mejor era desaparecer cuanto antes.

* * *

Ya para entonces, Frank Milde se hallaba en el despacho del padre Fewman, el director del establecimiento. Un hombre mayor, amable y cordial, que no tuvo inconveniente en recibirle y que, a juzgar por las trazas, no iba a tenerlo en responder a sus preguntas.

—Venía a hablarle de Lukas… ¿Es cierto que ha permanecido internado aquí más de treinta años? Esto se dice en la localidad.

—Sí, en efecto —corroboró el padre Fewman—. Treinta y un años, para ser exactos.

Me lo enviaron como un caso incurable.

—Pero finalmente ha salido de aquí dado de alta. De eso hará unos tres meses, ¿no es eso?

—Sí. Después de permanecer encerrado tanto tiempo, nos sorprendió de pronto con una inesperada recuperación. Imagínese, llegó teniendo cuarenta y cuatro años, y ha salido habiendo cumplido ya los setenta y cinco.

—¿Fue un enfermo peligroso?

—Solía estar triste, lloraba a menudo, creía que había matado a su esposa. Pero no, nunca atacó a nadie. Era un paciente relativamente tranquilo, que no planteaba problemas.

—Sin embargo —dijo Frank Milde—, tengo entendido que en cierta ocasión intentó evadirse.

—Sí, lo intentó. Llegó, incluso, hasta lo alto de la tapia. Pero a sus años, en buena lógica, no podía salirle bien. De ahí, sin duda, que sufriera un traspiés y tuviera una trágica caída.

—De resultas de la cual se halla actualmente con una deplorable apariencia física.

—Esto es.

—Oiga, padre, ¿Lukas no le habló nunca de algo que él había visto, de un secreto que él sólo sabía…?

—No solemos prestar atención a las cosas que dicen nuestros enfermos, usted comprenderá. Pero sí, ahora que recuerdo, últimamente le dio por decir que era poseedor de un secreto que valía muchos millones de dólares. Pero, bueno, creo que fue por aquel entonces cuando empezó a mejorar y ya no volvió a decir tonterías.

—¿Recuerda, padre, en qué fecha exactamente Lukas intentó evadirse? —Frank hacía hincapié en este detalle por considerarlo, y no sin razón, de trascendental importancia.

El padre Fewman quiso recordar, pero sin conseguirlo, sin resultado positivo.

—Lo lamento, de esto no puedo informarle. ¡Ah, sí! —indicó de pronto—. Ya lo sé.

Bueno, el día exacto no puedo decírselo, pero para el caso supongo que será lo mismo. Si tanto le interesa, con buscar datos… Fue el día en que la policía acorraló aquí, en Maggawin, a los atracadores aquellos. Supongo que se enteraría usted por los periódicos.

Se habló y comentó mucho todo lo sucedido.

—Sí, leí pormenores del caso —asintió Frank—. A propósito, padre, supongo que sabe que Lukas se halla sirviendo al señor Cecil Powers, el dueño de la casa de piedra, en calidad de mayordomo.

—Sí, lo sé —asintió—. Me alegro sinceramente de que haya encontrado un empleo.

Así podrá acabar tranquilamente sus días, los que Dios quiera aún concederle. Cuando salió de aquí —dijo el padre Fewman, tras una corta pausa— yo daba casi por descontado que se iría con el circo.

—¿Con el circo? —preguntó Frank, expectante todo él.

—Sí, con el que acampó aquí cerca aquella noche. Dado el aspecto físico de Lukas pensé que posiblemente encajaría allí. Pero me alegro de haberme equivocado. Me alegro de que haya encontrado un empleo normal. En fin, esto es todo lo que puedo decirle, joven.

—Le quedo muy agradecido, padre —se despidió Frank—. Ha

sido usted verdaderamente amable conmigo. Le pido mil disculpas por el tiempo que le he robado.

* * *

Llegó casi corriendo a la casa de piedra. Quería asegurarse de que a Carol no le había sucedido nada.

La encontró bien, lo que le hizo sonreír con alivio. Pero no tuvo tiempo siquiera de decirle que Lukas estaba metido hasta el cuello en todo aquel asunto. Sabiéndolo o sin saberlo tío Cecil, esto es lo que faltaba por averiguar. Posiblemente de común acuerdo ambos, ya que, en buena lógica, Lukas era ya demasiado viejo para hacer nada por sí solo.

No, no tuvo tiempo de explicarle nada a la muchacha. Entre el ambiente tenso e inquietante de la casa, motivado porque tío Michael no había aparecido en su dormitorio ni tampoco Stephanie en el suyo, surgieron unos gritos de mujer.

De una mujer de la localidad. De una vecina de por allí. Acababa de encontrar en una de las charcas el cadáver destrozado, y ya en franca descomposición, de Paul Powers.

Cuando llego el teniente Murray, a Frank Milde le dieron tentaciones de explicarle todo lo que había averiguado, todo lo que sabía, y el resto que sospechaba Pero lo cierto es que le faltaban pruebas.

Decidió buscarlas por su cuenta.

Además, ¿a qué recurrir a la policía si, modestia aparte, estaba convencido de que se bastaba y sobraba a sí mismo para llevar a buen término sus investigaciones?

—Ha sido devorado por las ratas. Salta a la vista. El mismo caso de James Powers…

—El teniente Murray parecía aceptar, a pies juntillas, la repetida y fatal circunstancia. —De todos modos, la autopsia dirá la última palabra.

—Yo no termino de verlo como usted —repuso Frank—. ¿O es que vamos a dar por descontado que un par de docenas de ratas, las que más o menos pueda haber por cada charca…?

—A veces son cientos, miles, las que salen de las cloacas y se dirigen hacia las charcas o hacia donde les place —apuntó tío Cecil, interrumpiendo al joven.

Su intención fue, indudablemente, impresionar en tal sentido al policía.

—¿Las ha visto usted, señor Powers? —Pregunto Frank—. No, no creo que en esas cantidades las haya visto nadie.

—Hace muchos años… —empezó a decir tío Cecil, refiriéndose al año 1899.

—Fue una vez —dijo Frank—. El hecho no tiene por qué repetirse. Además —puntualizó—, en aquel caso se trataba de un indefenso niño de apenas unos días de existencia, no de una persona mayor, que puede echar a correr, puede defenderse.

Porque, según ustedes. ¿Qué es lo que hemos de imaginar?

En esta ocasión Cecil Powers no replicó nada. Sí en cambio lo hizo el teniente Murray, que manifestó:

—Falta la autopsia —luego se volvió hacia Frank—. Si el asunto no queda más aclarado, me gustará cambiar impresiones con usted. Parece tener alguna sugerencia que hacerme.

—Estoy a sus órdenes, teniente. —Frank hizo un gesto torciendo la boca.

Acababa de irse el teniente, cuando los allí reunidos, tío Cecil, Carol y Frank, oyeron unos gemidos. Venían de bastante cerca.

Carol se asustó, porque estaba con los nervios tan a flor de piel que cualquier circunstancia, y más si no era favorable, la hacía botar como a una pelota.

Frank Milde le pasó el brazo por los hombros e intentó tranquilizarla. No era nada.

No sucedía nada de particular.

Se trataba de que a Lukas le había dado un pequeño ataque al corazón. Estaba medio desplomado en un asiento. Gemía de un modo desolador.

—Ya me ha sucedido otras veces —le oyeron decir al acercarse a él—. El padre Fewman, en la casa de salud, me daba unas gotas y en seguida se me pasaba —y luego—: Ya estoy mejor, mucho mejor, no se preocupen por mí. Lamento haberles asustado.

—No te preocupes, Lukas —dijo tío Cecil—. Anda, acuéstate un rato. Ante todo debes reposar. Si no se te pasa, mandaré llamar a un médico.

Esto fue, en conclusión, todo lo que sucedió aquel día.

Las horas habían ido pasando en la vana esperanza de que tío

Michael y Stephanie regresaran.

Pero la verdad es que ya todos tenían el negro presentimiento de que no regresarían nunca.

Antes de despedirse, eso sí, Frank bajó el tono de su voz y dijo a la muchacha:

—Antes de acostarte, mira por la ventana.

CAPÍTULO X

Carol se retiró a su dormitorio más nerviosa y asustada que nunca.

Desde que se había quedado a solas en la casa de piedra con aquellos dos hombres, tío Cecil y Lukas, se daba cuenta, ya sin lugar a dudas, de que ambos la miraban de una manera muy poco tranquilizadora. ¿Acaso se habían cansado de fingir? ¿O tal vez no podían contenerse ya por más tiempo?

Como sea, durante la cena, apenas pudo con la intensidad de aquellas pupilas, las de tío Cecil, que decían ya bien a las claras que no veía en ella a una sobrina, sino a una mujer: a una mujer, que estaba deseando ansiosamente.

En cuanto a Lukas, le hubiera resultado más difícil definir de qué manera y forma era mirada por sus ojos extraños, tan extraños que causaban escalofríos. Sólo de una cosa estaba segura. De Lukas tampoco podía fiarse. Puede que aún menos que de tío Cecil.

Por todo ello, la muchacha se encerró con cierto alivio en su dormitorio. Pero no, ni allí iba a sentirse tranquila. Sabía que cierta noche, mientras dormía, un hombre se acercó a su lecho, y la acarició. ¿O sólo fue una pesadilla? Cada vez, estaba temiendo más que aquello hubiera sido una realidad.

Al día siguiente se marcharía de allí. Apareciera o no tío Michael. No podía soportar ya por más tiempo aquella situación. Sus nervios estaban a punto de estallar.

¡Ah, sí, tenía que mirar por la ventana! Frank se lo había dicho. Estaba tan excitada que casi se había olvidado.

¿Qué esperaría Frank que viera mirando a aquellas horas a través de los cristales de la ventana?

Se acercó a la ventana y quedó quieta junto a las cortinas, mirando hacia el exterior cargado de niebla.

De momento no vio nada. Pero luego reparó en una alta silueta

que se destacaba…

¡Si era Frank! ¡Él mismo!

Abrió la ventana, inclinando fuera casi la mitad del cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó, haciendo de bocina con las manos.

Él estaba ya abajo.

—He de subir —dijo Frank. Y sin darle más explicaciones—: Voy a echarte una cuerda. Átala a un sitio fuerte.

—Sí, sí… —dijo ella, que había dejado de sentirse asustada en cuanto le había visto a él.

Frank Milde le tendió la cuerda, que ella consiguió coger a la primera. Al poco la tenía ya firmemente atada a una de las patas de hierro de la cama.

—Ya está, Frank.

—¿No cederá? No puedo darme el lujo de romperme la crisma en estos momentos.

—No, no cederá.

Frank subió por la cuerda con facilidad. Luego pasó las piernas por el alféizar de la ventana, quedando va dentro de la habitación.

—Me has dado muchas facilidades para subir —sonrió Frank, bromeando—. ¿Tan enamorada estás de mí?

—Lo que estoy es terriblemente asustada. Y tú lo sabes, ¿verdad? Por eso has venido. ¡Eres muy bueno conmigo, Frank!

—No podía dejarte sola con tu tío Cecil, ni siquiera una sola noche. —Frank ya no bromeaba. Ahora hablaba muy en seno—. Además, el desenlace se acerca a grandes zancadas, esto resulta indudable, y yo no me lo pierdo por nada del mundo. Aunque no haya sido invitado, aquí me tienen —y luego, casi sin transición—: Tengo que buscar algo en el dormitorio de Stephanie.

—¿De Stephanie? —se sorprendió Carol.

—Sí, en su maleta. Antes de desaparecer me dijo que allí había escrito algo para mí.

Yo debía leerlo si a ella le iban mal las cosas.

—¿Supones que le han ido mal? —preguntó—. ¿Como a papá, como a tío Paul…?

—Sí, lo temo. Y como a tu tío Michael. Creo que todos han tenido la misma suerte.

Dos cuerpos han aparecido ya. Los otros aparecerán a su debido

tiempo.

—¡Es horrible!

—Bueno, vamos ahora al dormitorio de Stephanie. Tú me dirás cuál es. Pero antes hemos de asegurarnos de que todos duermen en la casa.

—Sí, claro.

Cuando salieron al pasillo y entraron en el, hasta entonces, dormitorio de Stephanie, en la casa reinaba un silencio absoluto. No se movía ni una mosca.

Ya dentro de aquel dormitorio, encendieron la luz.

Frank Milde, sin perder tiempo, fue directamente hacia el armario, donde en seguida vio la maleta. La abrió. Había varias prendas de vestir, interiores. De entre ellas surgió un papel en el que ponía:

«En el sótano. Dentro del armario pintado de color amarillo. Las tablas de enfrente son deslizantes. Allí».

—Ya sé dónde está el dinero —murmuró Frank—. Ya sé dónde está el cebo que ha perdido a todos…

—No irás a buscarlo, ¿verdad? —Se sofocó Carol.

—Iré sólo a olfatear un poco —dijo él.

—¡Oh, no! —Se angustió la muchacha—. Piensa que si los demás no han vuelto, es que hay un peligro que acecha…

—Perfecta deducción —repuso Frank.

—Entonces, si estás de acuerdo en que hay peligro, lo sensato es no correrlo. Dile lo que sabes al teniente Murray y…

—No… —Negó repetidamente con la cabe/a—, tengo que hacerlo personalmente. A veces el riesgo atrae como pueda hacerlo un abismo, ¿no lo sabías?

—Si te caes al abismo, vas a romperte la cabeza. —Sería una pena, Carol— sonrió. —No podría casarme contigo.

Ella se echó en sus brazos y Frank, emocionado de su impulso, la estrechó muy fuerte.

—Volveré por ti, Carol. No te preocupes.

—No quiero quedarme sola —se estremeció ella—. Iré contigo. Por favor, déjame.

—Si tan valiente te sientes…

—Sí, Frank. Lo que sea a tu lado.

* * *

Salieron al pasillo, cuya gastada alfombra silenció el sonido de sus pasos. Unos pasos que, como los de James Powers, como los de tío Paul, y como los de Stephanie y luego los de tío Michael, se dirigieron escaleras abajo, hacia la puerta que daba acceso al sótano.

Ya allí, la empujaron. Frank Milde le dio a la linterna de pilas, para ver mejor los escalones.

—Bajaré yo primero…

Llegaron los dos abajo sin que sucediera nada.

—Ahí está el armario —dijo Carol.

Fue Frank quien lo abrió, encontrándolo vacío.

«Demasiado vacío», pensó.

Palpó con las manos las maderas de enfrente, pero no consiguió moverlas. Ni un ápice.

Para poder hacerlo cómodamente, había que meterse dentro del armario. No había otra solución. ¡Ojo!

Se agachó y palpó las tablas del suelo. Vio que no ofrecían mucha resistencia.

Miró a su alrededor. Vio un saco de cemento que pesaría unos sesenta kilos.

Bastaba para el experimento.

Lo cogió y lo dejó caer sobre las poco estables maderas del suelo del armario.

Éstas cedieron al acto y el saco se vio precipitado en un tenebroso vacío.

Carol ahogó un grito a duras penas.

—Debo averiguar a dónde conduce esto —dijo Frank.

—¡Por Dios! —suplicó Carol.

—Sí, es preciso.

Se agachó, enfocando con la luz de su linterna el fondo de aquel hueco, en el que el saco había sido trabado como si tal cosa.

Vio la rampa. Era de madera. Empezaba a un metro y pico del fondo del armario. Su inclinación era rápida.

—¿Adónde irá a parar? —Y entre dientes—: Me lo estoy imaginando. Pero prefiero sabor a imaginar…

—Por favor. Frank —se angustió—. ¿Es que quieres que me muera de miedo? Deja esto de una vez.

—Debo aclarar este asunto —lo dijo con tal decisión, que la

muchacha comprendió que no pararía hasta que se saliera con la suya.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó tímidamente.

—No creo que haga falta. Voy a atarme la cuerda a la cintura. El otro extremo lo anudaré a ese hierro, quedará firme. Así me será fácil descender.

—Ten mucho cuidado, Frank.

Frank pasó la cuerda alrededor de un hierro que salía en forma de herradura, de una de las paredes, e hizo tres nudos consecutivos, asegurando su firmeza.

Luego, ya con la cuerda alrededor de su cintura, se descolgó por el vacío. Las suelas de sus zapatos no tardaron en dar con la rampa. Entonces, poco a poco, fue soltando la cuerda que llevaba enrollada al brazo izquierdo. En la mano derecha llevaba la linterna.

Pudo ver perfectamente, pues, que la rampa descendía hasta llegar a un pozo, del que acababa de alzarse una chapa de hierro.

Llegó hasta allí mismo, sujetado por la cuerda, pero en violentísima posición, pues la rampa se deslizaba cada vez más.

Una vez ya junto al borde del pozo, miró hacia abajo. Se puso a sudar a chorros por el esfuerzo hecho y por el horror que no pudo menos de experimentar, aunque algo así era ya lo que se estaba temiendo.

Allí en el fondo estaban Stephanie y Michael Powers, Miles de ratas, hambrientas y famélicas, habían caído feroz e implacablemente sobre ellos. Habían acabado con los dos. Estaban ya sin vida. ¿Cuántas horas habían necesitado? No podía saberse. Pero, claro, esto era ya lo de menos. Pero debía haber sido una agonía espeluznante, horrenda.

Habían sido roídos y mordisqueados por tantos lugares, que el espectáculo se había convertido en algo asqueroso, repugnante, capaz de revolver el estómago al más decidido. La sangre lo inundaba todo.

De súbito. Frank Milde oyó voces allá arriba, en el sótano, cerca del armario amarillo, y al poco la voz de la muchacha que gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Cuidado, Frank!

Notó que la cuerda se aflojaba y que su cuerpo se iba directo hacia el interior del pozo.

¡Alguien había cortado la cuerda!

CAPÍTULO XI

Tío Cecil se había presentado en el sótano, mostrando una mirada vidriosa y torva, y una expresión terriblemente malévola.

—¿Qué haces aquí, Carol?

—Yo…, yo… —tartamudeó la muchacha, mientras se veía agitada por un incontenible temblor—. Es que… Verás…

—Ya veo bastante —dijo tío Cecil, con las pupilas fijas en la cuerda que desaparecía en el vacío del armario.

De pronto, y antes de que la muchacha pudiera evitarlo, Cecil Powers se precipitó sobre un hacha que había allí cerca, tirada en el suelo, y descargó un golpe furibundo sobre la cuerda, cortándola de cuajo.

Fue entonces cuando Carol gritó con todas sus fuerzas, queriendo prevenir a Frank.

Otra cosa ya no podía hacer.

—Lo lamento por tu amigo —tío Cecil se había acercado a ella, sujetándola brutalmente por un brazo—, pero ya sin el apoyo de la cuerda, no le queda otro remedio que precipitarse en el pozo de las ratas.

—¡No! —exclamó la muchacha, horrorizada.

—Ya debe haber caído dentro —soltó a la muchacha por un momento y se dirigió hacia el armario.

Allí cerca, en la pared, maniobró un resorte, dejándose ver una concavidad Desde allí habló a Frank a través del altavoz.

—Le está bien por entrometido. Fíjese bien en Stephanie, y en Michael. Así acabará usted también. ¡Adiós, amigo!

Volvió a tocar el resorte. La concavidad quedó otra vez perfectamente disimulada tras aquel trozo de pared.

—Hubiera preferido solventar esta situación de un modo más elegante —se giró en redondo hacia la muchacha, volviendo a

sujetarla—, pero no me habéis dejado. Puestas así las cosas, Carol, creo lo mejor sincerarme contigo.

La muchacha no acertaba a pronunciar palabra ninguna. Estaba espantada, horrorizada.

—Sin duda te interesa saberlo todo, ¿no es eso, Carol? —Y su mirada seguía vidriosa, torva—. Lo comprendo, de momento te sientes demasiado perpleja, y esto te impide asimilar debidamente los hechos.

—Salva a Frank, tío Cecil —tras un esfuerzo ímprobo, consiguió que su garganta pudiera articular estas palabras.

—No, Carol, no voy a hacerlo. Morirá en el pozo, entre las ratas. Ha sido la muerte que a si mismo se ha buscado.

—Por favor —gimió la muchacha— no permitas que muera. Te lo ruego, te lo suplico…

—No insistas, Carol —la sujetaba cada vez más fuerte—. No voy a hacerte el menor caso. ¿Sabes por qué, Carol? Me estorba, se ha fijado en tus muchos encantos. Y yo…, yo…

Se detuvo, mientras Carol tragaba saliva con suma dificultad. Acababa de recordar que Frank le había dicho no hacía mucho, refiriéndose a tío Cecil: «Está enamorado de ti, como en otros tiempos lo estuvo de tu madre».

—Tú, ¿qué, tío Cecil? —preguntó.

Pensó que era mejor saberlo. Quedándose con la duda no iba a ganar nada.

—Yo, Carol —su mirada se hizo tan malévola que llegó a ser diabólica— veo en ti a tu madre… Eres exacta a ella. ¡Y a ella la amé con locura, con desvarío, con sinrazón! —Y riéndose—: Compréndelo, resulta inevitable que también te ame a ti…

—No, no… —Haciendo acopio de energías, quiso soltar su brazo de la mano firme que la atenazaba.

Pero los dedos de aquella mano parecían garfios de hierro, y se clavaban despiadadamente en su carne. Nunca hubiera creído que su tío pudiera tener tanta fuerza.

—Voy a explicártelo todo desde el principio —dijo tío Cecil— para que así me comprendas. Por lo menos comprenderás que no debes esperar compasión de mí…

De mí nadie la tuvo nunca…

—Suéltame, tío Cecil. Me estás haciendo daño —pero la

muchacha desistió de su empeño de desasirse de aquel estremecedor contacto. De momento al menos.

Aquellos dedos amenazan con desgarrarle cruelmente el brazo.

—Amé a tu madre desde el primer momento —empezó diciendo tío Cecil— pero ella, así que conoció a Michael, se rió de mí y se casó con él… Su boda resultó un rotundo fracaso y yo volví a sentir esperanzas… Vanas y ridículas esperanzas, si, lo admito… Entonces se casó con Paul… Tampoco fue bien esta segunda unión y yo, insensato de mí, cobré ilusiones una vez más… Pero ella se casó con tu padre… A mí me despreciaba, ¡todo por mi maldita joroba!

Se interrumpió nuevamente, mientras dejaba oír un terrible y casi feroz jadeo.

Un jadeo que hablaba de años y años de odio acumulado.

—Sí, me despreciaba… —Corroboró—. Por eso la maté… Sí, fui yo quien la tiré a la vía del tren, cuando iba a pasar el expreso. Ya no podía soportar por más tiempo que cualquier hombre le pareciera aceptable, todos menos yo… En cuanto a mis hermanos, nunca les perdoné que, uno tras otro, me hubieran robado a la mujer que yo amaba. Me juré a mí mismo que antes o después habría de acabar con sus vidas. Y consideré llegada esa oportunidad, cuando pude hacerme con los veinte millones de dólares…

—¿Veinte millones? —inquirió Carol.

—Mientras los atracadores y los policías se tiroteaban, yo pude llegar al coche en el que estaba el botín robado. Fue sencillo apoderarme del dinero. A través de un pequeño atajo que hay aquí cerca, medio escondido entre cañaverales. Entonces, dueño ya del dinero, hice que vinieran unos hombres y que construyeran el pozo y que lo dejaran todo a mi gusto. A esos hombres les exigí absoluto silencio, por el resto de sus días. Les pagué bien, espléndidamente, seguro que no me fallan.

Una nueva interrupción.

—Por aquel entonces sufrí el accidente de coche. Un poco más y me marcho al otro mundo sin rematar mi venganza, cuando la tenía ya a un palmo de la mano. Pero la ciencia se portó bien conmigo y salí de aquélla. Fue entonces cuando, aprovechando el hecho en sí, hice como si delirase y hablé del dinero, de esos veinte millones de dólares.

Conocía a mis hermanos y sabía que vendrían a la casa de piedra y que intentarían, por su cuenta, uno tras otro, dar con el dinero. ¿Acaso no estaban ya al corriente de dónde se hallaba? Sí, claro, aquí en el sótano, en el armario pintado de color amarillo… ¡Cómo les engañé! Además, sus muertes no me reportarían dificultades, lo sabía de antemano.

Las culpas recaerían en las ratas. ¡En las infernales y satánicas ratas de las cloacas de Maggawin!

Apenas respiró un poco. Continuó hablando, como ansioso de explicarlo todo de una vez.

—Ya han muerto los tres, ya me he vengado. Por lo demás, ahora has quedado tú, Carol, bajo mi única protección. No, no has de asustarte… —Endulzó su tono, aunque ello hizo que la muchacha se aterrorizara aún más—. Yo viviré pendiente de tus caprichos. Si eres buena y cariñosa conmigo, claro —puntualizó—. De lo contrario tendré que demostrarte que conmigo no juega nadie. Ni tu madre años atrás, ni tú ahora…

Sin poder soportar ya más todo aquello, rota y desbordada su capacidad de resistencia, Carol se puso a gritar histéricamente. Se puso a gritar con todas sus fuerzas.

Mientras, daba furiosos tirones a su brazo. Pero sin resultado.

—Nadie va a oírte —dijo tío Cecil—. Estás perdiendo el tiempo. Sólo puede oírte Lukas y Lukas es un fiel sirviente mío… ¿Sabes?, el día que intentó escaparse del manicomio, vio desde lo alto de la tapia cómo yo me apoderaba de les veinte millones de dólares. Por eso, cuando salió curado, vino a mi encuentro… Yo le coloque a mi servicio, prometiéndole cien mil dólares si me secundaba en todo. Aceptó encantado. Era más de lo que podía esperar a su avanzada edad. Acabaría rico los últimos días de su vida.

—¡Y tan rico! —De pronto, la voz sonó a sus espaldas—. ¡Como que no voy a conformarme con los cien mil dólares!

El tono había resultado terriblemente amenazador, y tío Cecil se volvió temblando hacia la persona que acababa de sorprenderle con su exclamación.

Se trataba de Lukas, en cuya diestra brillaba siniestramente una pistola automática.

—¿Que significa esto? —preguntó tío Cecil, que no terminaba de asimilar aquella rebeldía, con la que, por descontado, no contaba.

—Significa, va lo he dicho, que no me conformo con los cien mil dólares ofrecidos. Es una buena tajada, no lo discuto, pero ¡quiero íntegros los veinte millones! —Y con un tono de voz que de pronto se hizo frío, helado, como un auténtico iceberg—: Suelte a la muchacha… Ella no le quiere… Déjela tranquila.

Tío Cecil se negó a obedecer. Aun apretó más los dedos alrededor del brazo femenino.

Lukas avanzó.

—Le he dicho que la deje tranquila. Suéltela…

No obedeció. Ni entonces ni nunca. Carol era lo primero para él.

En eso, Lukas disparó…

Y varias balas se incrustaron, casi a bocajarro, en el cuerpo de tío Cecil, inundando de sangre su camisa.

Entonces sí soltó a la muchacha. Luego cayó de bruces contra el suelo, con los brazos y las piernas abiertas como aspas de molino. Quedó muy visible su joroba.

Pero aún se movía, aún se agitaba, y Lukas, para acabar con aquel asunto, se agachó y acercó la boca de la pistola a la sien de su amo, y disparó.

Saltaron por los aires los sesos de tío Cecil.

Carol gritó una vez más.

CAPÍTULO XII

Al notar que su cuerpo se iba directo hacia el interior del pozo, al comprender que alguien había cortado la cuerda, Frank Milde demostró tener unos velocísimos reflejos.

Sacó un cuchillo que llevaba en el cinturón, en previsión de cualquier posible contingencia, y lo empuñó. Un instante después, lo había clavado con fuerza en la madera de la rampa.

Dejó de sujetarle la cuerda, pero pudo él sujetarse a aquel cuchillo incrustado en la madera.

Entonces oyó la voz de tío Cecil, que le decía:

—Le está bien por entrometido. Fíjese en Stephanie, y en Michael. Así acabará usted también… ¡Adiós, amigo!

No era lo mismo estar sostenido por la cuerda que tener que limitarse a aquel punto de apoyo, el de su cuchillo. Pero a la larga vendría a significar lo mismo. Frank lo sabía, pues todos sus miembros eran sumamente ágiles y ligeros. Sabía que podía contar con sus facultades físicas.

No le costaría excesivamente ir subiendo por la rampa, poco a poco, y llegar a la abertura del fondo del armario amarillo. Terminaría consiguiéndolo, claro que sí.

* * *

—Me puse a las órdenes de tu tío —dijo Lukas a la muchacha— sólo para averiguar dónde guardaba el dinero. El dinero en total, no iba a conformarme con meaos… Ahora ya sé dónde está. No es en este armario, ni aquí en el sótano. Esto sólo ha sido un ardid para matar a sus hermanos, para vengarse, y para quedarse contigo… Quería que fueras suya, a las buenas o a las malas… Por todo ello le he matado… Ahora quedamos sólo tú y yo…

Carol gimoteaba, sollozaba, hipaba, todo aquello se le antojaba demasiado horrible.

No terminaba de asimilarlo.

—Los veinte millones de dólares serán míos —dijo Lukas— y tuyos. Carol, si quieres venir conmigo…

—¿Con usted, Lukas? —No comprendía aquello.

¿Qué había querido decirle? ¿Qué sentido había dado a sus palabras?

—Si quieres venir conmigo… —repitió Lukas. Esta vez añadió—: Todo podría llegar a ser maravilloso entre tú y yo.

—¿Maravilloso entre usted y yo? —Cada vez lo entendía menos.

—No pienses, Carol, que vuelvo a estar loco. Créeme, estoy completamente cuerdo.

En cuanto a lo viejo que soy, no lo soy tanto…

—¡Claro que no! —exclamó Frank Milde, apareciendo de súbito en el hueco del armario.

Luego dio un salto y ya estuvo sobre el suelo del sótano.

—¡Frank! —exclamó la muchacha entre lágrimas de alegría.

Lukas había quedado perplejo.

—Le creía en el pozo —confesó.

—Aquello huele mal —ironizó Frank— y no me gustan los malos olores. Prefiero el perfume que suelen llevar las chicas bonitas.

Vio la pistola de Lukas, que desde luego no resultaba un espectáculo nada tranquilizador. Aun así, Frank Milde no era hombre que soliera quedarse a median, ni en eso, ni en nada, por lo que siguió imperturbable.

—No, no eres tan viejo, Lukas. Yo diría que tienes unos treinta años, como máximo… —Y sin más—: Anda, no finjas más, ponte derecho, quítate la peluca y la máscara de plástico, o de lo que sea que llevas sobre el rostro, y muéstrate de una vez cual eres. A mi ya no me enredas más…

La transformación fue rápida. Lukas dejó de mostrarse encorvado y retorcido, irguiéndose de pronto en toda su elevada estatura. Luego se quitó la peluca y la máscara arrugada que le cubría la cara. Apareció, el joven aquel, de barba oscura, cerrada, que primero entre las charcas y luego cerca del manicomio, había pretendido impedir que Frank Milde siguiera adelante con sus investigaciones.

Carol se había quedado pasmada.

En cuanto a Frank, dijo:

—Sabía que eras tú. Cada vez que nos hemos encontrado fuera de esta casa de piedra, me has hablado con voz contenida, forzando extrañamente tus cuerdas vocales, cambiando, a sabiendas, el tono normal de tu voz… ¿Por qué? Resulta fácil deducirlo.

Porque no querías que por la voz te reconociera. Por lo tanto, nos conocíamos ya.

—Muy listo —comentó. Pero él tenía una pistola en la mano y dominaba por entero la situación.

—No soy tonto, claro que no… Por eso, cuando te dio aquel ataque al corazón, comprendí que fingías. Poco antes te habías torcido un tobillo, debía dolerte, e improvisaste eso para poder acostarte, para que yo no te viera andar. Por lo demás, resulta fácil comprender el resto.

—¿Qué resto? —inquirió, con la mano crispada sobre la culata de la pistola.

—El verdadero Lukas debió salir del manicomio y hablar contigo, e ingenuamente contarte lo que sabía. Tú debías trabajar en el circo. En ese circo que precisamente aquella noche había acampado aquí cerco. Para ser dueño de su secreto, le mataste y luego usurpaste su personalidad. Pero fallaste en algo. Al fingir el ataque al corazón, dijiste que el padre Fewman, en el manicomio, solía darte unas gotas con las que en seguida se te pasaba. Yo, al salir de aquí, fui de nuevo al manicomio y hable otra vez con el padre. Me dijo que a Lukas no le daban ataques al corazón…

—De poco va a servirte tanta sagacidad —dijo el falso Lukas— porque tengo una pistola en la mano y apenas apriete el gatillo… Y después de hacerlo, la chica será para mí —lanzó una mirada a Carol—. También te gusta a ti, ¿eh? Pues será para mí… Sí, fui yo —volvió a mirar a la muchacha— quien entró en tu dormitorio aquella noche. Hay un pasadizo tras el tocador. Te había puesto un somnífero muy fuerte en la leche. Pero era arriesgado lo que hice, y preferí no reincidir. Todo llegaría por sus pasos contados…

—¡Pues el último acabas de darlo! —exclamó Frank.

Se abalanzó sobre el falso Lukas con una velocidad de autentico proyectil. Éste apretó el gatillo, por dos veces consecutivas.

Una bala le silbó en el oído derecho. La otra le rasgó la

hombrera de la americana, pero poca cosa. Una buena zurcidora, pensó, podría dejarlo perfecto en menos de diez minutos.

Antes de darle tiempo a demostrar que aún le quedaban balas, Frank le descargó un puñetazo fenomenal en el mentón, por lo cual su adversario se tambaleó. La pistola cayó al suelo.

Erguido de nuevo, el falso Lukas se lanzó a su vez contra Frank, pero éste le recibió con un derechazo en pleno hígado, que le puso blanco, verde y amarillo. Los tres colores en el breve espacio de unos segundos.

Pero volvió a lanzarse contra Frank, y esta vez sí le dio. Por lo que fue Frank quien en esta ocasión se tambaleó.

Carol se llevó las manos a la boca, asustadísima, conteniendo un grito.

—No te alarmes —le dijo Frank—, con éste no tengo ni para empezar. Mucha estatura, pero sólo eso, pura fachada.

Esta fanfarronada tuvo como primordial finalidad tranquilizar a la muchacha. Pero, en realidad, sabía que la cosa era bastante más seria de lo que intentaba hacer creer.

A pesar de eso, añadió:

—Oye, ¿te duele aún el tobillo? No me ha gustado nunca jugar con ventaja.

—Tranquilo, fantoche —barbotó—. Ya no rae duele nada. Así que, ataca sin miramientos.

—Así voy a hacerlo, no te quepa la menor duda.

Se enzarzaron en una pelea por todo lo alto. Donde uno y otro recibieron de lo lindo.

Pero, de pronto, Frank Milde tuvo una oportunidad. Y no la desaprovechó. La estaba esperando.

Le había arremetido muy fuerte en la misma boca del estómago y el falso Lukas se había visto obligado a agacharse, y entonces, de un golpe rotundo de karate, con la mano abierta, con los dedos firmes, le dio tajantemente en la nuca.

Cayó como fulminado por un rayo, quedando en el suelo hecho un auténtico ovillo.

—¡Oh, Frank! —Y la muchacha se refugió en sus brazos.

* * *

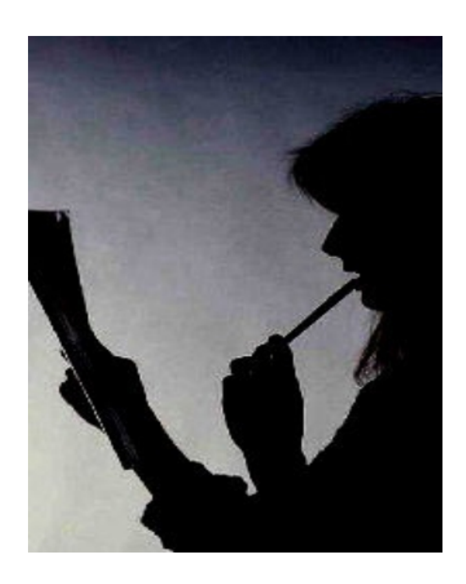
Para entonces ya llegaba el teniente Murray, a quien un rato

antes Frank Milde había telefoneado, diciéndole que su presencia iba a hacer falta en la casa de piedra.

—No he podido llegar antes —y comentó, tras echar una mirada circundante—: Por lo que veo, el trabajo ya está hecho.

—Eso parece, teniente… —Y concluyó, mirando a la muchacha —: Anda, vámonos de aquí. Has de olvidar todo este horror —y atrayéndola amorosamente hacia sí—: Yo te ayudaré a olvidar…

FIN



Seudónimo bajo el que publicó sus novelas de temática policíaca y de terror Isabel Irigaray Echevarri, en sus novelas «femeninas» utilizaba su nombre y primer apellido.